3956

ALEJANDRO P. MARISTANY

LA EMBOSCADA

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO, EN PROSA

ORIGINAL DE

HENRY KISTEMAECKERS

ARREGLADA AL CASTELLANO

Copyright, by Alejandro P. Maristany, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

Para Antonio Fente
Lozhandero

LA EMBOSCADA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA EMBOSCADA

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO, EN PROSA

ORIGINAL DE

HENRY KISTEMAECKERS

ARREGLADA AL CASTELLANO POR

ALEJANDRO P. MARISTANY

Estrenada en el TEATRO DEL CENTRO de Madrid, la noche del 1.º de abril de 1919, en la función a beneficio del primer actor D. Francisco Morano

COMPAÑIA LEONESA DE ZARZUELA DE ANTONIO CASTRO

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SARA	Amparo F. Villegas.
LA CONDESA DE SERVAIS	Concha Villar.
ANA MARÍA	Raquel Martínez.
INES MOREL	Pura F. Villegas.
DOLLY	Eloísa Vigo.
LA DACTILÓGRAFA	Patrocinio Rico.
UNA DONCELLA	Carmen Tejada.
JUAN GUÉRET	Francisco Morano.
ROBERTO	Marcial Morano.
LIMEUIL	Juan Aguado
EL CONDE DE IVANOVITCH TCHERKOFF	Manuel Vigo.
BROSSE	Nicolás D. Perchicot.
MAURICIO	Gonzalo Llorens.
PEDRO	José Cañizares.
JORGE DURAND	Fernando Sala.
UN CABALLERO	Manuel Martín.
UN CRIADO	Ernesto Alvarez.
INVITADO	N. N.
SIARKO	Fernando Porredón (hijo).
UN PORTERO	Francisco Peral.

La acción en Niza.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

COMPAÑIA DE CONSTRUCTORA EMPRESA DE ANTONIO CANTIL

ACTO PRIMERO

Terraza que circunda la «villa» de los Gueret sobre las floridas colinas del monte Boron, junto al mar. A la izquierda, medio oculta por gigantescas palmeras, se ve un ala del edificio, precedida de una escalinata que adornan jarrones de flores polícromas. Por las ventanas, al través de los visillos y «stores», brilla la luz artificial, y en la terraza, iluminada por farolillos japoneses y adornadas con guirnaldas de flores, hay mesitas y sillones de mimbre, con lámparas eléctricas, servicio de café y licores.

En el cielo azul turquí, brillan los astros de una noche clara, y del interior del edificio llega al público el suave rumor de una orquesta de «tziganes» que amenaza la fiesta conque los Gueret obsequian a sus amigos en los últimos días de la «salsón». Es de madrugada.

ESCENA PRIMERA

LIMEUIL, JORGE DURAND, EL CONDE IVANOVITCH TCHERKOFF, MAURICIO, JUAN GUERET, INES MOREL, DOLLY y LA CONDESA, en las mesas

(Cruzan por el foro invitados de ambos sexos. Otros, acodados en la balaustrada del foro, contemplan el mar, aspirando el aire puro y embalsamado de la noche. Un Criado sirve oportunamente refrescos y champagne. Se habla y se discute con animación. De pronto, Mauricio, con gesto imperativo, manda callar. En el interior suena un violín.)

Maur. ¡Silencio!

(Todos callan y atienden.)

Dolly ¿Qué ocurre?

670258

Maur. ¿No oyen ustedes?

Dolly Sí, el violín de Siarko.

Inés ¡Un solo!... Precioso, ¿verdad?

Conde ¡Es un himno!

Lim. El himno a las princesas lejanas.

Jorge Se acerca...

Lim. Como siempre, cruzará el salón y llegará hasta nosotros... Es un truco que no olvida jamás.

Inés ¡Qué deliciosa música!

Dolly ¡Es un genio!

Lim. Un genio... de restaurant o de café concert.

Conde ¡Pobrecillo!

Maur. ¡Silencio!

(Siarko, el violinista, ha ido acercándose, y aparece en traje de «tzigane» en lo alto de la escalinata, cesando allí la música. Aplausos frenéticos.)

Conde Bravo, Siarko; eres un héroe... Acércate... ven acá... (Siarko baja la escalinata y se aproxima haciendo reverencias.) ¿No me reconoces? Soy el General Conde Alejandro Ivanovitch Tcherkoff. Toma... (Le entrega una moneda de oro y va a darle otra.)

Gueret (Rápido, tratando de impedirlo.) Permítame usted, general: mis músicos están bien pagados.

Conde ¿Eso qué importa? Guarda las monedas, pero rinde homenaje a esta dama. (Por Inés Morel.) Tú eres el rey de la música, ella... es una gloria del *bel canto*. Acércate y reverénciala; pero cuidadito con tocar un hilo de su ropa porque te estrello esta botella en la cabeza. Tengo derechos adquiridos... ¿eh? Ahora vuelve a tu música... si quieres. ¡Largo! (Sorpresa, risas ahogadas o disimuladas. Siarko saluda con una profunda reverencia y vase.)

Inés (Sofocada y molesta en apariencia.) Sospecho, Conde, que los vapores del alcohol se le han subido a la cabeza...

Conde Aún no. . Cuando eso ocurra... libraré a todos de mi presencia. (Transición. A Gueret.) Señor Gueret: sabía que fabricaba usted soberbios automóviles, pero ignoraba que fuera usted un anfitrión tan exquisito. Esta fiesta es realmente encantadora.

Gueret (Que ha decidido echarlo a broma.) ¡Y usted muy indulgente! (Un Criado cruza la escena con varias copas de champagne en una bandeja. El Conde coge una.) Le encargo un nuevo 50 HP «Riviera»

para pasear a la artista sublime. Tome usted nota del pedido, hágame el favor.

Gueret (Nervioso.) Mañana, general, mañana en el despacho.

Conde Esta copa a la salud de la marca «Riviera», ¡la mejor del mundo! (Casi de un sorbo apura la copa y la tira lejos.) En mi país cuando se bebe a la salud de algo o de alguien, no vuelve a servir la copa.

Lim. Claro, de ese modo, imposible. (Risas.)

Conde Imposible. Voy a ver ahora a los que bailan. (A Inés Morel.) ¿Viene usted, amiga mía?

Inés Gracias, prefiero quedarme aquí.

Conde La noche está muy fresca, debe usted ponerse el abrigo... (Entrega un número del guardarropa a un invitado que le sale al paso.) Oye... tú, tráeme el abrigo de la gran artista, la señorita Inés Morel.

Cab. (Sorprendido y ofendido al mismo tiempo.) Caballero, diríjase usted a los criados para eso.

Conde ¡Ah! Ja, ja. Yo creí... perdone usted la confusión. (Risas. Sube la escalinata y entra en la «villa», llamando a un Criado.)

Cab Perdonado.

Conde ¡Bah! Era lo mismo. ¡A ver, muchacho, muchacho!... (Ha desaparecido.)

ESCENA II

DICHOS menos el CONDE TCHERKOFF

Dolly (Sin atreverse a comentar.) ¡Que original!

Inés Diga usted mejor... ¡qué impertinente! Apenas nos conocemos. Me ha saludado dos veces en mi saloncito de la Opera; hemos cenado juntos una noche en casa de unos amigos... Esto es todo nuestro conocimiento... nuestra amistad, y ya ha visto usted cómo me trata...

Lim. ¿Le parece a usted poco triunfo? Tres entrevistas y ya se ha rendido una fortaleza rusa. ¡Es admirable!

Inés ¿Qué supondrán ustedes de mí?

Lim. Nada, señorita, que tiene usted una atracción... maravillosa.

Gueret Voy a seguirle, no estoy tranquilo. Hay en los salones muchachas solteras y es muy capaz de cometer alguna incorrección.

Inés Quizá las ofrezca un automóvil como a mí.

Gueret Pues .. por eso. No quisiera que las mamás se escandalizasen. Es demasiado excéntrico... ese hombre.

ESCENA III

DICHOS menos GUERET

Inés Cierto: demasiado. Yo no le hubiera invitado a la fiesta.

Jorge Imposible; una representación tan importante.

Dolly ¡Una de las glorias de la costa azul!

Maur. Y un gran cliente de la casa Gueret. ¿Olvida usted que es un hombre que cambia de 50 HP con la misma facilidad con que se muda de traje?

Lim. A un *cliente* tan... *conveniente* todo puede tolerársele... hasta las inconveniencias.

Maur. Desde luego. Tcherkoff es insustituíble en una *soiree* como esta. Forma parte del adorno, como lo forman las palmeras, la luz, el mar, los tziganes... y el poker...

Inés ¿Se burla usted?

Maur. Hablo seriamente. En las fiestas de Niza siempre hay algo grotesco que nos recuerde el carnaval. Ningún personaje desentona; toda figura hace aquí buen papel. La vida no es otra cosa que una eterna mascarada. Este es el verdadero encanto del país... ¡Hermoso país de sol y de alegría, de música y de amor; donde se abrasa y se consume mil veces la vida en lindos pebeteros perfumados, con una loca mezcla de todos los perfumes exquisitos!

Inés ¡Es usted un gran poeta!

Maur. No lo soy, pero adoro la vida... como nadie, porque no puedo perder un minuto de los pocos que me restan.

Inés No comprendo...

Dolly Es usted muy joven para hablar así.

Maur. ¿Joven?... La edad no debe medirse nunca

por los años que se ha vivido, sino por los que restan de vivir. Soy joven, pero los médicos ya han tasado mi vida.

Lim. Fantasías de los hombres de ciencia.

Dolly ¡Qué saben ellos!

Maur. ¡Tienen razón! (Con amargura.) Dentro de pocos meses, ya no podré aspirar el aroma de las flores ni asistir a una fiesta de alegría como esta; la tierra envolverá mi cuerpo, por esto me apresuro a divertirme y a gozar. Es tan hermoso vivir, ¡tan hermoso!

(Por la imaginación de los que escuchan cruza una sombra de tristeza.)

ESCENA IV

DICHOS y SARA, que aparece en lo alto de la escalinata

Sara ¿Pero qué es esto? ¿Los fumadores van a pasar la noche en la terraza? (A Mauricio.) Por usted lo digo.

Maur. Yo he salido a fumar para no perder... ni aun esto, pero ahora bailaré hasta rendirme... ¡Será muy pronto! (Vanse los dos y baja Sara.)

ESCENA V

SARA, INES MOREL, DOLLY, LA CONDESA DE SERVAIS y LIMEUIL

Sara Temo que alguien se aburra...

Todos (Protestando.) ¡Oh, no!... ¡Por Dios!... ¡No diga usted eso!

Cond.ª Es una *soiree* ideal.

Dolly Nos ha festejado usted principescamente.

Inés (Desde el foro.) ¡Qué lindo espectáculo! (Todos vuelven la mirada.) Vean ustedes.

Dolly ¡Qué lindo!

Cond.ª ¿Y esas proyecciones sobre la costa?... ¡Admirable!

Dolly Son las de la escuadra.

(Todos se han ido acercando al foro, desapareciendo por la derecha Dolly, Inés Morel y la Condesa.)

ESCENA VI

SARA, LIMEUIL y después EL CONDE TCHERKOFF

Sara (Rápido, sin levantar mucho la voz.) ¿Dónde está Roberto?

Lim. No lo sé; hace un momento estaba aquí.

Sara Apenas he podido verle. Limeuil, amigo mío, acuérdese de lo que me prometió...

Lim. No lo he olvidado.

Sara Y procure dejarnos solos.

Lim. No es tarea fácil... y si lo consigo, sea usted prudente... (Gesto de Sara.) Está usted hoy en un estado de agitación extraordinario.

(Gesto de Limeuil imponiendo silencio, porque se acerca Tcherkoff con su abrigo y su sombrero puesto, trayendo, además, otro abrigo de señora al brazo.)

Conde Ya me ven ustedes, en funciones de criado. ¡Oh, señora Gueret. . mi enhorabuena; la fiesta ha resultado magnífica, y usted... usted el más atrayente encanto de ella! Ando buscando una copa de champagne para brindar por la mujer y por la artista.

Sara Voy a mandar que se la sirvan.

(Al marcharse, cambia algunas palabras con Inés Morel y Dolly, que han aparecido en la terraza y vase con ellas.)

ESCENA VII

LIMEUIL y EL CONDE TCHERKOFF

Conde Es una emperatriz.

Lim. ¿Cómo?

Conde La señora Gueret... Usted es antiguo amigo de la casa...

Lim. Hace años que me honro con su amistad.

Conde ¿Y no es usted su amante todavía?

Lim. (Con sorpresa.) ¿Qué dice usted?

Conde ¿Se sorprende? ¡Bah! en Francia no tiene nada de particular esta pregunta.

Lim. Está usted en un error, señor Conde. Aquí. como en todas partes, hay mujeres honradas.

Conde Lo siento por usted, porque es divina.

Lim. Sara Gueret, adora a su marido.

Conde ¡Qué lástima!... (Pausa.) ¿Es usted militar?

Lim. No; soy pintor.

Conde ¿Pintor? ¡Qué raro!... No tiene usted cara de ello.

Lim. ¿No?... ¡Ahora me explico el por qué no se venden mis cuadros!

(Entra un Criado con varias copas de champagne en una bandeja y el Conde coge una.)

Conde Tú, trae acá... ¡A la salud de usted!

Lim. Gracias, no bebo ahora.

Conde Yo... siempre.

(El Conde bebe y tira la copa. El Criado ha desaparecido; mientras la Condesa e Inés Morel vienen al proscenio.)

ESCENA VIII

DICHOS, LA CONDESA e INES MOREL

Inés ¿Tiene usted mi abrigo, Conde?

Conde Señor de Limeuil, ¿sería usted tan amable que me hiciera el favor de ayudar a esta diosa?... Yo necesito hablar con la Condesa de Servais... (Le da el abrigo de Inés Morel.)

Cond.ª ¿Conmigo?

Conde Dos palabras...

(Limeuil ayuda a Inés Morel a ponerse el abrigo. Tcherkoff lleva a la Condesa a un lado.)

Inés (A Limeuil por el Conde.) El champagne le trastorna... pero es un infeliz.

Lim. Sí; es un niño.

Conde Hace tiempo que deseaba una ocasión... para ofrecerle mis respetos.. ya sé... ya sé que somos compatriotas. Conocí a su difunto esposo... ¿dónde dirá usted?

Cond.ª ¡Qué sé yo!

Conde Cuando aún era ingeniero en el transiberiano. Hace dos años que murió, ¿verdad?

Cond.ª Dos años... Un accidente desgraciado...

Conde ¡Pobrecillo!... ¡Las copas que habíamos roto juntos en Petrogrado!

Cond.ª ¿Sí? Ignoraba...

Conde No era usted su mujer cuando nos conocimos. Estaba usted casada con aquel fabricante italiano gordinflón. ¿Cómo se llamaba? ¿Boglio? ¿Moglio?.. ¿Roglio?... Esto es...

Roglio. El Conde no era entonces nada más que su amante.

Cond.ª ¡Caballero!

Conde Esta noche he observado que el señor Gueret la miraba con ojos codiciosos... que la seguía a todas partes. Está enamorado de usted, y lo comprendo, porque es usted una mujer que lo merece.

Cond.ª (Irónica.) Gracias.

Conde ¡Yo siempre hago justicia!... Ahora...—confidencialmente—¿piensa usted separar a Gueret de su esposa... y casarse con él? (La Condesa le mira estupefacta; al ir a protestar el Conde la detiene.) El saberlo, es para mí un detalle interesante... Yo pienso enamorar a su mujer, y el proyecto de usted, me dará calma para esperar sin impacientarme.

Cond.ª ¿Sabe usted, general, la diferencia que existe entre el champagne y el amoníaco?

Conde Lo ignoro... pero si es usted tan amable...

Cond.ª Un hombre de su rango, no debe ignorar tales cosas... Escúcheme y saque usted después la consecuencia. Métase en su auto y márchese a su casa. Una vez allí, ordene que le sirvan un vaso grande de agua con unas gotas de amoníaco. Acuéstese... descanse y verá usted mañana, al levantarse, cómo se encuentra trasformado, ¡como si no hubiera usted dejado de ser nunca un caballero! Buenas noches. (Se aleja sin decir más.) Limeuil, ¿quiere usted darme el brazo y conducirme a los salones? La noche está muy fresca... (Toma el brazo que Limeuil le ofrece y vanse los dos.)

ESCENA IX

El CONDE TCHERKOFF e INES MOREL. Después ROBERTO

Conde ¡Ah, mala pécora!... Si yo te tuviera en mi castillo de Petrogrado, tendrías por bebida usual... el brebaje que tú me recomiendas.

Inés Lo mejor es que me lleves a casa, porque al fin vas a dar el espectáculo. Has bebido con exceso y tus imprudencias... son insoportables. He tenido que disimular...

Conde ¿He bebido mucho? Pues yo tengo la misma sed que antes.

Inés Alejo, vámonos, sin que nadie nos vea... Tengo miedo al escándalo.

Conde (Grotesco.) Vete sola, si te agrada... Yo jamás abandono una fiesta hasta el amanecer.. (Dando un grito.) ¡El amanecer! ¡Oh, qué colosal idea!... ¡Una idea! ¡Tengo una idea!

Inés ¡Alejo... por Dios, no me asustes!

Conde ¡Es maravillosa!... Tomo ahora mismo el auto... y ya verás... ya verás... No, no te lo digo... será una gran sorpresa...

Inés (Medio mutis.) Corriente, te acompaño... Silencio... (Al ver aparecer a Roberto. A Roberto que se acerca.) ¿Viene usted del parque, señor Marcel?

Rob. Sí, señora.

Inés ¿Por allí también puede salirse a la calle?

Rob. Sí, señora. Siga usted por ese paseo de palmeras que ilumina la luna. A la derecha encontrará usted una puertecita...

Inés Muchas gracias. Vamos, General.

Conde (A Roberto.) Chist... ¡preparo una sorpresa! (Desaparecen por donde vino Roberto. De entre los árboles de la izquierda sale Gueret.)

ESCENA X

JUAN GUERET y ROBERTO

Gueret ¿No ha comprendido usted por qué me he ocultado?

Rob. No.

Gueret Porque después de las dos de la mañana, el general Tcherkoff está imposible. Siéntese usted, amiguito... (Le señala uno de los sillones. Roberto no sabe qué hacer.) ¡Siéntese!... Deseo hacerle dos o tres preguntas.

Rob. ¿Preguntas?

Gueret Indiscretas, quizá... ¿Le choca? Es usted muy niño; apenas si hemos hablado diez minutos y, sin embargo, me ha parecido usted un hombre... fíjese bien en mis palabras, un hombre excepcional. Vuelvo a rogarle que se siente. (Roberto lo hace.) ¿Es cierto que sólo tiene usted diez y nueve años?

Rob. Los cumplí hace seis meses.

Gueret ¡Es curioso! ¡Es curioso! Y... ¿acaba usted de salir de la Escuela Politécnica?

Rob. Hace un mes.

Gueret ¡Es curioso!... ¡Es curioso!... Supongo que no es allí donde ha aprendido usted ese sentido práctico, tan preciso, de las cosas industriales, que tanto me ha sorprendido en un muchacho como usted, un niño casi.

Rob. Sí, allí hice todos mis estudios; allí estudié con entusiasmo todo lo referente al automovilismo, que es a lo que había pensado dedicarme.

Gueret Pues ha elegido usted bien, porque en lo poco que he podido apreciar, conoce usted a fondo la materia. ¡Que raro encontrar tales condiciones en un muchacho tan joven! La juventud sólo piensa en divertirse, en gozar... Claro que hay exceociones... Usted es una de ellas... ¿Y dónde piensa usted trabajar?

Rob. Dentro de pocos días me embarco para Australia.

Gueret ¡Qué idea!... ¿Por poco tiempo?

Rob. Si la suerte me favorece, para quedarme allí.

Gueret ¡Bah!... volverá usted muy pronto. Sí, volverá usted. (Roberto le mira sorprendido.) Conozco por experiencia la fuerza de atracción que para todos tiene la tierra donde se ha nacido. Mire usted... yo nací aquí, en Niza, viví luego en París, pero más tarde volví aquí con mis padres, y una noche como esta, conocí a la que es hoy mi mujer. En Niza me instalé para trabajar, monté el negocio—a pesar de mis grandes deseos de hacerlo en París—y en Niza pienso redondear mi fortuna... y acabar mis días. Este es el misterio de la fuerza. Créame, vivirá usted poco tiempo en Australia sin sentir en su alma la nostalgia de su tierra.

Rob. Quizá no. Tengo muchas esperanzas. Allí hacen falta peritos mecánicos y estoy muy bien reputado, gracias a un compañero que reside actualmente en Sidney. Soy por naturaleza aventurero.

Gueret Y eso basta... que para un hombre aventurero, cualquier lugar es sitio de aventuras.

Rob. Australia es país nuevo...

Gueret Todos los países son viejos, muchacho. El país verdaderamente nuevo, es aquel en que

el hombre explota nuevas ideas... aquí encontrará usted medios para desarrollar todos sus planes.

Rob. (Tras breve pausa.) Supongo que el señor Limeuil le habrá dicho a usted que soy... un hijo abandonado.

Gueret (Sonriendo.) Para mí no tiene ningún valor esa palabra. ¿Es usted también de los que tienen el prejuicio del nacimiento y se avergüenzan constantemente de una falta que no han cometido? ¡No le inquiete el pasado, si es suyo el porvenir! Veo que es usted un romántico. ¡Qué lástima!

Rob. Quizá... por eso mismo temo...

Gueret El hombre de talento dominado por el chiquillo inquieto y orgulloso. ¡Debilidades humanas! (Transición.) Su nuevo invento, ese motor pequeñito sin válvulas, de que me ha hablado usted, revela mucho ingenio.

Rob. Es usted muy amable.

Gueret Detesto la adulación. Le hablo a usted con entera sinceridad por la simpatía que me ha inspirado usted desde el primer momento.

Rob. Y que yo agradezco.

Gueret Vuelvo con mis invitados. ¿Viene usted a dar una vuelta por los salones?

Rob. Con su permiso... prefiero quedarme aquí unos momentos.

Gueret Libertad absoluta. Hasta ahora. (Se aleja, pero al ir a subir la escalinata, se detiene reflexivo.) Dirá usted que soy un hombre pesado, pero... esta idea que he apuntado antes, va tomando cuerpo en mi imaginación... Opino que es un disparate que se marche usted; lo digo como lo pienso, con mi brusquedad, pero también con mi experiencia. Luego nos veremos. (Gueret entra en la villa. Roberto, pensativo, enciende un cigarrillo mientras llega por el foro izquierda Limeuil.)

ESCENA XI

ROBERTO y LIMEUIL

Lim. ¿Cómo estás aquí? ¿Dónde te has metido?

Rob. Estaba con el señor Gueret cambiando impresiones sobre la industria.

Lim. ¡Bravo, es el mejor modo de divertirse en un baile! ¡Me parece admirable! ¿Y antes?

Rob. Antes he dado un paseo delicioso por el parque.

Lim. ¿En compañía de alguna muchacha?

Rob Solo enteramente. Jamás sentí, como hoy, lo ambiguo de mi situación... Mientras más gente me rodea, más aislado me encuentro.

Lim. ¿Yo no soy nadie?

Rob. Usted es mi providencia.

Lim. Menos mal.

Rob. ¿Sin usted qué hubiera sido de mí? Si hoy poseo una base sólida para lanzarme al mundo, a usted se lo debo, y no he de olvidarlo. Pero no es eso... no es eso...

Lim. Te prohibo que empieces, como de costumbre, a decir tonterías.

Rob. Constantemente acude a mi imaginación el fantasma eterno de esos dos desconocidos que me echaron al mundo. ¡Crea usted que les odio!

Lim. Basta; eso no debes repetirlo.

Rob. No me asustan las palabras. ¿Soy otra cosa que la representación viva de una mala acción?

Lim. ¡Tú qué sabes!

Rob. Sé lo que me han contado; que una noche llegó una dama a casa de una pobre mujer, en Sourgues, que algunos días más tarde la forastera huyó... dejando allí el fruto de su deshonra... y un buen puñado de oro. ¿Es así?

Lim. Es así y no es así.

Rob. Usted mismo me lo ha referido en otra ocasión. Tres años más tarde, un caballero llamó a la puerta de la misma casa, llevando autorización para recoger a la criatura abandonada. No era el padre. El padre había muerto, pero en sus últimos momentos rogó a aquel buen amigo que velase por su hijo.

Lim. Sí, y entonces pude convencerme de que eras un encanto, un muñeco rollizo, rubio, coloradote. Con el traje y las narices sucias, ¡tenías un sello de gracia que me cautivó por completo y... te llevé conmigo!

Rob. Y ha sido usted mi verdadero padre.

Lim. No es este el momento de recordarlo. Aho-

ra... atiéndeme. Voy a decirte una cosa que vale la pena que no la olvides. Hoy has venido a esta casa por primera vez, has paseado por sus salones, has entrado de lleno en el torbellino donde se entrelazan tantos y tan distintos elementos de tentación... ¿Me escuchas?

Rob. Sí.

Lim. ¿No se te ha ocurrido que la mayoría de esas lindas muchachitas, que los hombres estrechaban entre sus brazos, en el pretexto de la danza, pudieran ser víctimas *inconscientes* al engaño de un seductor que acecha? Escoge sin escrúpulo—entre todas—la más joven, la más pura, la más sensible, la más vigilada, consigue verla en otros bailes, sé su sombra, emplea para enloquecerla cuantos recursos te sugiera la imaginación, romanticismo o miedo, todo es aprovechable... y cuando al fin la veas ciega y loca por tu amor, piensa que cinco minutos son bastante, en una noche como esta, entre árboles y flores, alegría y champagne, para satisfacer un instinto perverso y marchitar su inocencia... Después... tú, a olvidarlo con otras aventuras; ella, si no tiene valor para matarse o para declarar la falta ante sus padres, tendrá forzosamente que llamar a una puerta, como tuvo que hacerlo aquella noche... la pobre criatura que te dió el ser.

Rob. ¿De modo que esa es la historia verdadera?

Lim. Es una hipótesis solamente para que juzgues la diferencia que existe entre una mala acción y una desgracia.

Rob. ¿Por qué no me revela usted de una vez para siempre el secreto de mi nacimiento?

Lim. Porque no me pertenece.

Rob. (Con exaltación.) No importa, hágalo usted, se lo suplico.

Lim. ¿Por qué no crees que tu padre soy yo?

Rob. Porque es usted un hombre honrado.

Lim. Si tienes la certeza de que él no pudo serlo, no vale la pena de averiguar quién fué. Ni puedo, ni quiero decírtelo. Tienes la inesperada suerte de que hasta tu ser es tuyo, nada debes a nadie, todo a ti mismo... Sé siempre de ti propio, sé eternamente único, como un dios pagano.

Rob. (Con desesperación.) Dígame usted al menos el nombre de mi madre. ¡Sólo eso!

Lim. ¿Para qué? Tu madre ha muerto.

(Aparece en este momento Sara en lo alto de la escalinata.)

ESCENA XII

DICHOS y SARA, bajando a escena

Sara Limeuil, es usted muy egoísta. ¿Por qué retiene usted a Roberto impidiendo que baile y se divierta? ¿Es acaso un hombre grave como usted?

Lim. Si el deseo de diversión y de placeres está en razón directa con la edad, no dude usted, señora, que Roberto tiene más años que yo. Ahora mismo me manifestaba su propósito de retirarse a descansar.

Sara ¡Oh!

Rob. No lo crea usted, muy al contrario, le refería mi contento por las horas alegres que he pasado aquí sin darme cuenta.

(La rápida entrada de Ana María interrumpe la conversación.)

ESCENA XIII

DICHOS y ANA MARIA

Ana Mamá, mamá, Miss Winnie se empeña en que debo acostarme. ¡Figúrate tú, en plena fiesta!

Sara Miss Winnie tiene razón. Olvidas que a tu edad no se trasnocha. ¿No has bailado bastante todavía?

Ana Según la cuenta de Miss Winie, he bailado doce bailes, pero, ¿tú sabes lo que miente una institutriz inglesa?

Sara De todos modos ya es hora de reposo.

Ana Sí, mamá; pero si tienes idea de lo que es justicia, permíteme la última figura de cotillón.

Sara Sea, pero... la última, ¿estamos?

Ana (Con gracia.) Palabra... ¡de honor! (Hace una reverencia y se dirige a la escalinata, pero de pronto

se detiene.) Es curioso... ahora que tengo permiso, me encuentro sin pareja.

Rob. (Adelantándose.) Si me hace usted el honor, señorita...

Ana Con mucho gusto... ¿Vamos? (Salen del brazo Ana María y Roberto. Limeuil y Sara cambian una mirada y les ven salir. Pausa.)

ESCENA XIV

SARA y LIMEUIL

Sara ¡Se creen extraños uno a otro y son hermanos! Dos vueltas de vals, una cortesía y no volverán a verse nunca... ¡nunca! ¿Hay algo más horrible? Limeuil, me temo esta noche. ¡Oh, sí, me temo! Contaba con fuerzas y ahora...

Lim. Dos veces la he visto a usted casi llorando y le juro que estoy pesaroso de haber accedido a su ruego. Por esto quisiera llevarme a Roberto cuanto antes.

Sara No; fuera una crueldad. No olvide usted que se marcha a tierras lejanas de las que tal vez no regrese. Era un deseo irresistible el verlo ya hombre, junto a mí. ¡Le había visto de niño tantas veces!.. ¡Quería grabar en mi memoria sus nuevas facciones!... ¡Quería despedirme de él... sin que él lo adivinara!... Un adiós mudo... que nunca sospeché me hiciera sufrir tanto. Al estrechar su mano, algo extraño invadió todo mi ser... un escalofrío inexplicable, recorrió mi cuerpo... ¡el postrer escalofrío debe ser así!... Si en aquellos momentos no hubiera tenido a Ana María al lado mío, no sé qué hubiese hecho... ni lo hubiera dicho... pero le aseguro a usted que mi pobre corazón de madre, habría estallado. Usted sabe lo que yo quiero a mi marido, le adoro como el primer día, con toda mi alma, como le adoraba cuando, por miedo a perderle, cometí la cobardía de casarme con él sin revelarle mi secreto, pero hoy he estado al borde de romper ese silencio.

Lim. Hubiera sido un crimen.

Sara ¡Cerca de veinte años conservando un secreto!

Lim. Pues es indispensable que siga usted guardándolo.

Sara Lo sé... ya no me pertenezco... ¡Qué infame... qué infame soy, y qué cobarde fuí!...

Lim. Fué usted juguete de la atmósfera que la envolvía, víctima de un miserable sin escrúpulo. Supo usted ocultar la falta cuando a usted sola podía perjudicar, con mayor motivo debe usted hacerlo ahora, que con divulgarla, compromete usted la felicidad de otras personas queridas. No me refiero a Roberto; es un hombre, el porvenir es suyo y yo me encargo de él... Ana María ..

Sara Calle usted... calle usted...

Lim. ¿Y... Gueret?... Una revelación semejante le mataría. Hablo solo de la muerte moral.

Sara ¡Quién sabe!

Lim. En algún caso es la más cruel, por eso debemos alejar el peligro; voy en busca de Roberto y saldremos de aquí cuanto antes.

Sara Ya nada tema usted. Vencido aquel momento de locura... el peligro pasó.

Lim. No importa. Hace poco que Roberto pugnaba por conocer su origen y estaba tan nervioso, tan excitado, suplicaba con tanto interés, que poco me faltó para decirle: «Tu padre, borracho de champagne y de morfina, murió asesinado una noche en un burdel veneciano, tu madre...

Sara (Asustada.) Por favor, no; calle usted.

Lim. ¡Silencio!... (Aparecen Ana María y Roberto en lo alto de la escalinata.) ¿Cómo... ya regresa la juventud?

Ana (Muy alegre.) Vengo a cumplir mi palabra. Están ahora en la cadena, no la pierdan ustedes. Es un espectáculo precioso, una verdadera locura.

Rob. Sí, es realmente bonito.

Ana Buenas noches, mamá. Hay que rendirse a Miss Winnie. (Abraza a su madre y la besa.) Buenas noches, señor Limeuil .. Le permito que me bese, a pesar de que está usted muy joven todavía. (A Roberto, dándole la mano.) Adiós, caballero. ¡Ah!... Y conste que baila usted muy bien.

Rob. Muchas gracias, señorita.

Ana (En general.) Buenas noches. (Vase al interior de la escalinata.)

ESCENA XV

LIMEUIL, SARA y ROBERTO

Lim. ¡Qué chiquilla! (A Roberto.) Nosotros nos marchamos también, recoge los abrigos.

Rob. ¿Cómo, quiere usted marcharse ya?

Lim. ¿Qué dices?... ¿Pero no eras tú el que...?

Rob. Si la señora Gueret no nos echa...

Sara (Rápida.) ¡Oh, no, al contrario!... ¿Está usted decidido a embarcarse?

Rob. El domingo próximo.

Sara ¿Y nada echará usted de menos?

Rob. (Galante.) La fiesta de hoy, señora.

Sara Es usted muy galante. ¿Le gusta a usted vivir... la vida?

Rob. Verdaderamente, no sé qué decir... Soy demasiado joven todavía para poder apreciarla... En el pensionado no he tenido tiempo más que para atender a mis estudios; poco he podido profundizar sobre sus encantos y sus adversidades. Es muy probable que tenga sobre ella ideas un poco equivocadas.

Sara Veamos, veamos, ¿qué ideas son esas?

Rob. Mire usted que mi concepto es un poco complicado. Admito que hay en ella instantes de placer y de alegría... pero también afirmo que es locura entregarse sin reserva... y no estar prevenido; porque de pronto—quizá en el instante de mayor bienestar—surge lo inevitable y lo imprevisto... ¡la emboscada!

Sara ¿La emboscada?

Rob. Sí; es una palabra que aplico a mi pensamiento y que nació de un hecho del que fuí testigo cuando era un muchachito. Uno de mis profesores, un hombre bueno, equilibrado, amante de su mujer y de sus hijos, llevó un día a su casa una dactilógrafa, para la terminación de unos trabajos muy extensos que debían asegurarle la entrada en el Instituto. La muchacha era lindísima y ambos se enamoraron perdidamente. Más tarde, huyeron juntos al Canadá, abando-

nando él a su familia, y allí viven en la mayor miseria. Esa fué la emboscada.

Sara ¿Y de ese hecho ha deducido usted una teoría?

Rob. Contra lo que uno está preparado, puede lucharse, pero no hay lucha posible contra la emboscada terrible que la vida nos tiende... Ahí es donde se conocen los caracteres fuertes que saben luchar. Mi profesor no era un carácter.

Lim. Tienes razón.

Sara Sí: ¡jamás se me ha ocurrido pensar en la emboscada.

Rob. Por eso nos sorprende, porque nadie piensa en ella.

Lim. Ni tú debes pensar en semejante cosa. Eres muy niño.

Sara Tiene razón Limeuil... Es usted demasiado joven para tener tales ideas. Debe usted ser muy feliz y... lo será.

Rob. Esta noche, al menos... lo soy, y mucho, por la acogida que me han dispensado ustedes. He pasado tantos años encerrado en *mi mundo*, sin otro consuelo ni otro cariño que el de ese corazón (Por Limeuil.) bondadoso.

Lim. Bien, ahora basta; vámonos.

Rob. Esta, es quizá la primera noche de mi vida, en la que me recojo alegre, sin que por mi imaginación cruce una sola idea desagradable o violenta.

Sara No diga usted esas cosas. Hay que ser bueno siempre. Usted lo es, y, por lo tanto, no puede nunca tener malas ideas.

Lim. Es un pequeño revolucionario.

Rob. Lo sería de haberme acercado al peligro, pero en estos momentos creo en mi reconciliación. Al partir para otras tierras, llevaré en mi alma el recuerdo imborrable de esta noche... y de usted, señora.

Sara Y... yo... le prometo rezar... para que allá lejos se usted libre de la emboscada.

Rob. ¡Oh... señora... gracias!

Lim. (Impaciente.) ¿No vas a acabar, Roberto? Vámonos de una vez.

(Aparece Gueret.)

ESCENA XVI

DICHOS y JUAN GUERET

Gueret Sara, ¿qué haces aquí, cuando todo el mundo reclama tu presencia? Son varios los que se marchan ya y andan buscándote.

Sara Voy en seguida. Adiós, amigo mío, buen viaje, mucha suerte, y... no nos olvide usted... (Con gran emoción.)

Rob. Señora...

Gueret Los infatigables jugadores de bridge se quedarán hasta última hora y habrá que echarlos, como de costumbre.

Lim. (A Roberto.) Aguárdame; iré yo mismo por los abrigos. (A Sara, ofreciéndola el brazo, en el que ella se apoya para sostenerse y disimular su emoción.) Acompañaré a usted. (Ambos hacen mutis por la casa.)

ESCENA XVII

JUAN GUERET, ROBERTO y después LA CONDESA

Rob. Adiós, señor Gueret.

Gueret (Rehusando estrechar la mano, pero con afecto.) Poco a poco, amigo mío. No tenga usted tanta prisa, que a estas alturas diez minutos más, poco importa, y supongo que la despedida será por pocas horas, porque habrá usted decidido quedarse... (Roberto, sonriente, lo niega.) Sí, hombre, sí, no ponga usted ese gesto de extrañeza. Hasta mañana, es decir, hasta luego, porque ya está amaneciendo. Le aguardo a usted en mi despacho, a las tres de la tarde, y allí terminaremos nuestra interrumpida conversación.

Rob. ¿Nuestra conversación?

Gueret Sí, hombre, sí; no sea usted niño ni se haga usted de nuevas. Usted no se embarca para Australia, porque yo le necesito. Dígame francamente si existe algún compromiso que le obligue a embarcarse.

Rob. He prometido...

Gueret Promesas... ¿pero compromiso formal existe?...

Rob. No.

Gueret Entonces... admirable. Le repito lo dicho, le necesito a usted y le ofrezco, desde luego, un puesto en mi casa.

Rob. (Estupefacto.) ¿A mí?

Gueret A usted, sí.

Rob. Señor Gueret, no sé cómo agradecerle... he recibido tantas atenciones en esta casa...

Gueret (Franco.) ¿Cumplidos ahora? Odio con toda mi alma las palabras inútiles; soy hombre práctico. Mientras doy una fiesta, no dejo de laborar ni atender a mi negocio.

Rob. Bien, sí, pero...

Gueret (Interrumpiendo.) Ignoro lo que va usted a decir, pero permítame un consejo, hijo de mi experiencia. En la vida, suele haber pocas ocasiones realmente buenas, por esto, cuando se presenta una, conviene aprovecharla. Y no digo más. (La Condesa se acerca con el abrigo puesto.) Ah, Condesa, ayúdeme usted a convencer a este muchacho de que en nuestro país se puede triunfar.

Cond.ª ¿Nuestro país? Hablará usted del suyo.

Gueret Es verdad, olvido siempre que nació usted en Rusia, y usted lo debe haber olvidado también.

Cond.ª (A Roberto.) Creo sinceramente que le engañan. Si quiere usted vivir independiente y triunfar, marche usted lejos de su patria.

Gueret No opino como usted. (A Roberto.) Cruce usted los salones, reflexione unos momentos sobre lo que hemos hablado y no se marche de aquí sin decirme que *sí* resueltamente. (Roberto va a hablar.) Ahora, ni una palabra, cuando usted se marche.

(Empuja a Roberto suavemente hacia la escalinata y este desaparece.)

ESCENA XVIII

CONDESA y GUERET

Cond.ª Ya se habrá usted convencido de que no estamos de acuerdo... en nada.

Gueret Es claro, usted ve la vida como un desengaño, yo la veo como una esperanza.

Cond.ª Por eso temo que no lleguemos a enten-

dernos, y será una verdadera lástima. (Ella le mira con cariño y él procura huirle la mirada. Una pausa.)

Gueret ¡Es cierto, una lástima!

(Otra pausa. Ella, tentadora, le tiende la mano.)

Cond.ª Buenas noches... amigo mío, mejor dicho, buenos días.

Gueret Permítame que la acompañe hasta su coche..

Cond.ª He rogado a Mauricio que lo haga..

Gueret (Que ha retirado su mano.) Condesa... no se marche usted así.

Cond.ª ¿Por qué? si todo es inútil.

Gueret (Reflexivo y con frialdad.) Tiene usted razón. Durante unos momentos he perdido la serenidad, ya vuelvo a ser el de siempre. Adiós.

Cond.ª (Echandolo a broma.) ¡Qué original es usted!

Gueret (Imitándola.) Procuro serlo. Hasta la vista.

(Llega Mauricio.)

ESCENA XIX

DICHOS y MAURICIO. Después ROBERTO

Maur. Condesa, a sus órdenes. El despertar del día es un encanto. ¡Qué maravillosa es la naturaleza!

Cond.ª ¡Quién sabe lo que nos espera en un día que nace!

Maur. (Marcándolo mucho.) ¡Usted no sabe lo que vale *un día más!*

(Gueret se ha acercado a Roberto, que vuelve a escena con su abrigo puesto.)

Gueret ¿Qué ha decidido usted?

Rob. Que acepto.

(Gueret le abraza cariñosamente mientras Tcherkoff aparece muy alegre.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el CONDE TCHERKOFF. Después SARA, LIMEUIL, JORGE DURAND, DOLLY y algunos invitados

Conde ¿Qué, creían ustedes que había desaparecido? Sí, sí, me marché... pero he vuelto. Fuí en busca de la sorpresa. La gran sorpresa...

¡Una... dos... y tres! ¿Eh? (Se acerca a la balaustrada del fondo mientras acaban de entrar los demás personajes; hace una seña y se oye en seguida un Coro invisible que canta en sordina una canción napolitana.)

Cond.ª ¡Oh, qué lindo, los napolitanos!

Maur. ¡Escuchen ustedes! ¡Qué bonito amanecer!

Todos ¡Admirable!

(Todos los individuos se han acercado a la balaustrada.)

Sara ¿Qué es esto?

Gueret Figúrate... una idea de... Tcherkoff... Le ha dado musical la borrachera. Oye, Sara, tengo que comunicarte una novedad. El protegido de Limeuil, se queda a mi servicio en los talleres.

Sara (Sin poder disimular su gran emoción.) ¿Qué dices?

Gueret Tessier es un hombre insoportable. En su lugar coloco a Roberto Marcel. Me parece un muchacho excepcional y listo.

Sara ¿De veras?...

Gueret Sí, mujer... ¿Qué te ocurre?

Sara (Lívida.) Nada, el cansancio... ¡Estoy rendida!

Gueret (Cariñoso.) Pues, anda, acuéstate, que yo, entretanto, me encargo de despedir a esos señores.

(Ha terminado el Coro. Grandes aplausos. Gueret se acerca al foro mientras Sara se dirige a la escalinata vacilante. Limeuil se acerca a ella.)

Lim. ¿Qué es esto? ¿Está usted temblando?... ¿Qué ha ocurrido?

Sara ¡Lo peor que podía ocurrir! Que mi marido pone a Roberto al frente de los talleres.

Lim. ¿Y eso la preocupa?

Sara Sí, porque tengo miedo... ¡mucho miedo!

(El Coro de Napolitanos repite la canción. El sol apunta en el horizonte y el telón cae rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho de Gueret en los talleres. Muebles de escritorio, muy lujosos. Mesa grande de ministro, con un sillón a cada lado, que ocupan Gueret y Roberto. Sofá y butacas de cuero granate, sillas, etcétera. En una de las paredes, un cuadro con una vista de la fábrica y otro con el nuevo modelo de «chassis» en papel marión. Gran ventana en el foro, que da al patio central de los talleres, viéndose en último término, un nuevo edificio. Una puerta a la derecha y otra más pequeña a la izquierda. Una tarde de Febrero en pleno sol.

ESCENA PRIMERA

ROBERTO, LA DACTILÓGRAFA y PEDRO

Al levantarse el telón, Pedro, en traje de mecánico, está de pie a un lado. Roberto, ante la mesa, examina un papel y lo devuelve luego a la dactilógrafa

Rob. Sí, sí, muy bien; está muy bien. Siga usted leyendo.

(La Dactilógrafa lee en alta voz.)

Dact. «De acuerdo con sus deseos, dejamos sin efecto las condiciones establecidas para caso de fuerza mayor y aceptamos el pago de una indemnización de mil francos por cada semana de retraso en la entrega de los *chassis* sobre las fechas convenidas.»

Rob. Está bien... (Levantándose tras una pausa.) Nada más. De usted afectísimo... etcétera.

Dact. ¿Puedo ponerlo en limpio?

Rob. Sí, cuanto antes, y avise usted a Brosse, que necesito hablarle. (Vase la Dactilógrafa por la izquierda. Roberto enciende un cigarrillo y se dirige a Pedro.) Tú, continúa contando lo ocurrido.

Pedro Es inútil; está visto que no cree usted una palabra de mi relato.

Rob. Verdaderamente me parece inverosímil que un hombre de tu experiencia y de tu tacto no haya podido evitar el desastre.

Pedro ¡Como usted quiera! ¿Sonríe usted? Siempre la misma sonrisa, que desconcierta... Pero, en esta ocasión, es inútil... Toda su habilidad y sangre fría no conseguirán hacerme mentir ni aceptar cargos de culpas no cometidas. Véalo usted si quiere: el coche está hecho un acordeón.

Rob. Insisto en juzgar el caso inverosímil.

Pedro Cuanto he dicho es verdad.

Rob. Corriente... ¿No has sufrido lesión ninguna?

Pedro Ya me ve usted...

Rob. ¿Y el mecánico, tampoco?

Pedro Sano y salvo, como yo.

Rob. ¡Admirable! Podéis estar ambos orgullosos. ¿De modo que según tu criterio los culpables?...

Pedro Cuidado, que yo no acuso a nadie.

Rob. Sin acusar supones que el accidente no ha sido casual.

ESCENA II

DICHOS y BROSSE

Brosse (Entrando.) ¿Hay permiso?

Rob. Adelante.

Brosse Me han dicho que me llamaba usted, señorito Roberto.

Rob. Sí, acérquese. Pedro acaba de referirme el vuelco que ha tenido en un viraje con el nuevo *chassis*

Brosse (Sorprendido.) ¿Cómo?... ¿Un vuelco? ¿El?... (Sonriendo.) ¡Vamos!...

Rob. ¿Le extraña a usted, verdad?

Brosse En él, muchísimo. No suele ser imprudente... no lo ha sido nunca.

Rob. (A Pedro.) Ya tú ves... sin ponernos de acuerdo, Brosse y yo repetimos lo mismo. (A

Brosse.) Asegura que se trata de un acto premeditado.

Brosse ¿Premeditado? No estás tú mala pécora. Una distracción... un descuido... tuyo.

Pedro No, no; lo repito... lo afirmo.

Brosse (Adelantándose indignado.) Hace muchos años que estoy al frente del personal de esta casa; tengo motivos suficientes para conocerlo y niego en absoluto que haya nadie capaz de cometer tan incalificable cobardía.

Rob. Si existe... yo sabré encontrarle.

Brosse (Con reproche.) ¡Señorito Roberto!...

Rob. No acuso a nadie. Pedro hizo antes una afirmación y acaba de repetirla en presencia de usted.

Brosse No haga usted caso de esas afirmaciones. Es muy cómodo echar la culpa a los demás para librarse de responsabilidades y castigos...Es muy cómodo... ¡Conozco el procedimiento!

Pedro Yo sé muy bien lo que me digo.

Brosse (Molesto.) Y yo te repito que mientes... ¿lo oyes?... que mientes... ¡No es posible... no es posible!

Pedro (Subiendo de tono.) Lo es, lo es y lo es; estoy seguro.

Brosse Eres un... ¡miserable!

Pedro (Amenazador.) Si no fuera usted un viejo ..

Rob. (Dando un golpe en la mesa.) ¡Basta!

(Aparece Gueret en la puerta izquierda con el sombrero puesto y como preocupado.)

ESCENA III

DICHOS y JUAN GUERET

(Una pausa. Mira a Pedro que se quita la gorra y a Brosse, que, sin atreverse a protestar, le da vueltas a la suya en la mano.)

Gueret He visto el *chassis*. El mecánico que iba contigo me ha explicado el... percance y estoy seguro, seguro, de que no se trata de un accidente inesperado. No. Falta una pieza en el engranaje principal, que alguien ha debido quitar adrede. ¿Quién estuvo de guardia la noche pasada?

Brosse Braglio.

Gueret ¿El italiano?... Mándale venir en seguida.

Brosse Vino esta mañana al empezar los trabajos, pero luego se retiró diciendo que se sentía indispuesto.

Gueret ¡Bravo! No continúes. (A Pedro.) ¿Qué ha ocurrido entre Braglio y tú?

Pedro (Sorprendido.) Nada...

Gueret ¿Qué ha ocurrido?

Pedro Repito a usted que...

Gueret No mientas. De sobra sabes que es inútil conmigo. Habla.

Pedro (Tras un instante de reflexión.) Pues... nada, señor Gueret, una tontería... nada.

Gueret Habla.

Pedro Es que en realidad es una tontería... es cosa de risa... porque... uno no tiene la culpa de que las mujeres se enamoren de uno y la suya...

Gueret (Despreciativo.) ¿Se ha enamorado... de ti?...

Pedro ¡Sí!

Gueret ¡Imbécil! (Mirándole despreciativamente.)

Pedro Usted me ha mandado hablar... yo...

Gueret Espérame en el patio... ¡Idiota!

Pedro Como usted mande. (Sale.)

ESCENA IV

DICHOS menos PEDRO

Gueret (A Roberto.) ¿Qué te parece? ¡Con esa cara!... (A Brosse.) La venganza en esa forma es criminal. Ya es doloroso para nosotros el fracaso de un esfuerzo en que se ha empleado tiempo y dinero, pero es más grave el atentado contra la vida de dos personas inocentes... Esto no puede quedar sin castigo. Braglio dormirá esta noche en la cárcel.

Brosse Considere usted que tiene cuatro hijos y que quizá... no sea el culpable.

Gueret (No queriendo contestar.) A otra cosa, Brosse. (Pausa breve.) Salgo de la sala de pruebas donde se han verificado las de cuatro coches, sin resultado satisfactorio.

Brosse Pequeños defectos de montaje... que no pueden evitarse en un taller de esta importancia. Se corregirán con facilidad...

Gueret ¿Cómo? ¿Aumentando el coste de la producción con jornales inútiles?

Brosse No veo otro medio...

Gueret Yo, sí. Desde mañana esos trabajos extraordinarios correrán a cargo del que tuviera la culpa. (Brosse no sabe qué decir y observa a Roberto que permanece silencioso.) ¿Qué te parece, Roberto?

Rob. Creo que antes de resolver en firme este asunto, se debiera examinar con el detenimiento que merece.

Gueret ¿Por qué?

Rob. Quizás hallásemos una fórmula, una compensación.

Gueret Y la compensación que se te ha ocurrido es el aumento de tarifa en los salarios, ¿verdad?

Rob. Naturalmente.

Gueret ¡Idea maravillosa! ¡Siempre el mismo! Mira, Roberto, por favor, no te metas en el terreno administrativo porque en él eres una calamidad. Te faltan años de experiencia y... energía. No me gusta quitarle un céntimo a nadie. Soy justo y bueno; por lo mismo no quiero que me exploten ni que abusen de mí. (A Brosse.) Advierte a los encargados cuanto he dicho...

Brosse Señor Gueret... para mí es muy duro tener que... Quizá el momento no es... el más oportuno.

Gueret Se lo diré yo. Sígueme. (Mutis.)

Rob. ¡Bah!

(Vase Gueret por la izquierda hacia los talleres, seguido de Brosse. Roberto queda solo un instante, enciende un pitillo, sonríe irónicamente y aparece por la derecha Ana María. Roberto se levanta sorprendido.)

ESCENA V

ANA MARIA y ROBERTO

Ana Buenos días... *viejo* amigo...

Rob. Ana María..

Ana ¿A que le he sorprendido?

Rob. Sí, un poco, la verdad. ¿Dónde estaba usted?

Ana En la *limousine*. He visto salir a papá con el

viejo Brosse, y como tengo muchas y muy importantes cosas que contarle... aquí me tiene usted.

Rob. Encantado de ser su confidente. Veamos qué es ello. ¿Quiere usted sentarse en el sitio de su papá?

Ana No; parecería que íbamos a tratar un negocio...

Rob. (Sonriendo.) ¡Qué idea!

(Se sienta Ana María en un sillón.)

Ana Aquí, en esta silla... y usted enfrente.

Rob. Admirable, y dígame pronto lo que ocurre que estoy rabiando por conocer sus confidencias.

Ana Pues... sencillamente, que quieren casarme.

Rob. ¡Ah!...

Ana ¿Verdad que es una sorpresa?

Rob. Muy grande. ¿Y quién es el agraciado?

Ana ¿No lo adivina usted?

Rob. No.

Ana Recuerde usted entre mis compañeros de *tennis.*

Rob. Será inútil esfuerzo...

Ana Jorge Durand. ¿No se le hubiera a usted ocurrido nunca, verdad?

Rob. Nunca. Un hombre tan tímido con las muchachas... ¿Pero habla usted en serio?

Ana En trágico. ¡Ah! (Suspirando.) Al principio lo tomé a broma, lo consideraba uno de tantos proyectos descabellados, sin ninguna probabilidad de éxito, pero anoche... ¡oh!, anoche la cosa tomó un cariz tan grave... que dejé de reirme.

Rob. Hizo usted mal. Si no tiene usted intención de casarse con él, ¿qué puede usted hacer mejor que reirse?

Ana Poco conoce usted a papá.

Rob. Supongo que no tomará una determinación de esa naturaleza sin contar antes con la aprobación de usted.

Ana Hay muchas maneras de decir las cosas y él las dice de un modo que no deja lugar a dudas.

Rob. Este casamiento parece así como un convenio comercial.

Ana Jorge Durand no puede hacer la felicidad de una mujer. ¿Verdad?

Rob. Yo soy muy joven para juzgar.. El señor

Gueret debe saber más que nosotros de estas cosas. Las muchachas como usted, a los dieciséis años, sueñan con un casamiento por amor, pero riñen con el novio y luego, a los veinte, se casan por reflexión.

Ana Cómo se conoce que es usted un misántropo y no ha tenido novia nunca.

Rob. (Tras breve pausa.) ¿Quién se lo ha dicho a usted?

Ana ¿Es o no cierto?

Rob. Lo es; pero tampoco usted sabe lo que es querer.

Ana Ahora es usted quien se equivoca. Yo he querido a un hombre... me da mucha vergüenza contarlo... ¿Se ríe usted de mí?

Rob. (Serio.) La escucho.

Ana Pues bien, he querido... he querido... ¿Se acuerda usted de Mauricio Kermes, aquél muchacho tan enfermo... y tan simpático, que estaba convencido de que iba a morirse muy pronto?

Rob. Le recuerdo.

Ana Una noche me dijo en un baile ciertas palabras que no olvidaré nunca y que me causaron profunda impresión: «Ana María, dentro de pocos meses, en una noche de luna como ésta, descansará mi cuerpo en la Mortola. La Mortola es, añadió, un delicioso y admirable jardín; algo así como un vergel de ensueño, que un inglés millonario ha creado cerca de Menten. Hay en él, en parterres inmensos, toda clase de flores; las más raras y hermosas del mundo, que extasían por su belleza y su penetrante aroma y todo ello bajo un cielo limpio y azul. Cubre el cuerpo del inglés una losa de alabastro y palomas amaestradas velan, revoloteando, su tranquilo sueño. Por aquellos jardines he paseado yo muchas veces; aquello tiene para mí el encanto de lo bello; desde allí quiero dedicarle mi último pensamiento, como evocación de algo muy puro que he amado en la tierra.» Esto me impresionó; aquél hombre era un poeta enamorado de mí.

Rob. Sí, ciertamente.

Ana Hace seis meses supe que habían encontrado su cuerpo sobre un lecho de flores, las más olorosas, no lejos de la tumba del in-

glés. Dirá usted que soy una niña cursi y romántica, pero aquella noche no cesé de llorar. Estaba enamorada; sin embargo, no me hubiera casado con él.

Rob ¿Por qué?

Ana Porque yo creo que el matrimonio debe ser otra cosa.

Rob. ¿Otra cosa? Veamos... ilústreme usted.

Ana El matrimonio debe ser un cariño mutuo, sin límites, es decir, una confianza sólida para crear una familia, sin que luego haya que temer por ella. El matrimonio es eso... la familia.

Rob. Jamás la he visto a usted tan reflexiva.

Ana ¿No sabe usted por qué?

Rob. No.

Ana ¿Me guardará usted el secreto?

Rob. Siempre.

Ana Porque he visto llorar a mamá.

Rob. ¿Cómo, la señora Gueret, tan alegre?

Ana Alegre al parecer, pero algunas veces la he sorprendido enjugándose las lágrimas a hurtadillas. Cuando yo era chiquita me acercaba a ella cariñosa y de pronto, me decía: «Vete, vete a jugar y déjame ahora», y cogía un libro y se ponía a leer... como si le interesase mucho su lectura, pero cuando me creía absorta en mis juegos y se marchaba, dejando el libro a mi alcance, yo le cogía y encontraba en sus páginas algo así como estrellitas... Esto me enseñó a ser reflexiva.

Rob. ¿Y... qué pensaba usted de todo ello?

Ana Supuse que como los negocios de papá marchaban mal entonces... mamá sufría... ¿Ve usted? También esto es amor. Pero Jorge Durand nunca podría inspirármelo... Es una figura que pasa por mi vida sin dejar rastro... y no quiero ser su mujer.

Rob. Entonces es preciso decírselo a papá cuanto antes.

Ana No me atrevo; por esto he venido en busca de usted, mi gran amiguito. Necesito un abogado elocuente que defienda mi pleito.

Rob. ¡Oh! ¿Cómo quiere usted que yo intervenga en ese asunto?... ¿No se dá usted cuenta de lo delicado del caso?

Ana Dios mío, ¿por qué no tendré yo un hermano mayor?

Rob. Deploro no hallarme en esas circunstancias.

Ana ¿Prefiere usted verme desgraciada con Jorge Durand? Hágalo usted por mí o voy a creer que sus alardes de amistad eran mentira, (Advierte que su padre cruza por el foro.) Ya vuelve papá. ¿Cuento con usted? No me diga usted que no... sí... sí... ¡Calle usted, caballero! (Entra Gueret.)

ESCENA VI

DICHOS y JUAN GUERET

Gueret (A Roberto.) No me explico tu actitud... Hace un momento, delante de Brosse, has tenido que hacer un esfuerzo para no contradecirme y eso... no te lo hubiera tolerado. Cada día entiendo menos tu carácter; jamás te pones en el justo medio. (A Ana María.) ¿Y tú, niña, ¿qué aguardas?

Ana (Mimosa.) Sencilamente que te tranquilices y que me des un beso... y un abrazo. Así. (Ana María abraza y besa a su padre muy cariñosa.)

Gueret (Más tranquilo.) ¡Es que este diablo de Roberto, hija mía, tiene unas cosas!... Hace un cuarto de hora que te está aguardando el profesor de canto... Mañana no te dejaré venir en el auto acompañándome.

Ana (Cariñosa.) ¿De veras?

Gueret De veras.

Ana Todos los días dices lo mismo y luego no sabes echarme; te conozco. Adiós ¡mal genio! *Viejo* amigo... hasta la noche. (Sale. Roberto la saluda con la mano y vase ella precipitadamente.)

Gueret ¡Otro diablo! (La ha visto salir con alegría, pero al volverse y ver a Roberto muda de expresión.)

ESCENA VII

JUAN GUERET y ROBERTO

Gueret Para gobernar es necesario emplear la energía. No lo ignoras porque me lo has oído decir muchas veces.

Rob. Sobre ese punto siempre será difícil nuestra inteligencia.

Gueret Contigo trabajaría un mes el personal de la casa en las mejores condiciones y viviría alegre y satisfecho, pero en los once restantes ayunaría.

Rob. ¡No hay nada tan hermoso como la justicia!

Gueret Dentro de veinte años, cuando hayas oído infinitas veces esa palabra, desconocerás todavía su sentido. Mientras la justicia sea una manifestación acomodaticia de la conciencia humana, y mientras las conciencias difieran tanto unas de otras, no será otra cosa que un tópico, una ilusión.

Rob. (Con fe.) La justicia debe existir.

Gueret ¿En la tierra? ¿Cómo, si los encargados de hacerla se contradicen constantemente? Los que con mayor entusiasmo predican la libertad resultan ser los más tiranos: los que abominan de la pena de muerte, matan luego sin compasión, y los que condenan el robo se apoderan de lo ajeno. La justicia es cosa muy complicada. Te llevo muchos años y lo sé por experiencia. (Entra la Dactilógrafa con el correo para la firma. Gueret firma y habla a un tiempo.) Acabo de hacer una observación que puede aprovecharte. (A la Dactilógrafa.) Estos son los contratos de Londres, ¿verdad?

Dact. Sí, señor Gueret.

Gueret (A Roberto.) Ya has visto a Brosse no atreviéndose a manifestar lo que él llama una imposición y yo una medida natural y lógica. Pues bien, bastó que yo lo explicara para que todos hayan acogido mis palabras sin protesta.

(Vase la Dactilógrafa.)

Rob. Eso no prueba que la medida sea justa.

Gueret ¡Cómo!... ¿Te atreves tú a decirme cara a cara?... (Entra un empleado.) ¿Quién viene ahora? (El Empleado entrega una tarjeta que él lee.) Ah, sí, sí, que entre. (Vase el Empleado. Gueret se acerca a Roberto y le da unas palmadas en la espalda.) Quiero olvidar tu terquedad y hasta tu falta de respeto... en el fondo eres bueno, muchacho... Eres bueno... y te quiero. (Roberto va a contestar pero entra la Condesa.)

ESCENA VIII

DICHOS y LA CONDESA

Cond.ª Ya estoy aquí otra vez. ¿Qué juicio formarán ustedes de mí?

Gueret (Besándola la mano.) Por Dios, Condesa, al contrario...

Cond.ª Anteayer, ayer, hoy... Abuso demasiado de sus bondades... ¿Qué tal, Roberto?

Rob. (Avanzando y saludando.) Muy bien... ¿y usted Condesa?

Cond.ª (Bromeando.) Mucho mejor... que mi automóvil.

Gueret ¿Un nuevo desperfecto? ¿De qué se trata ahora?

Cond.ª Ay, amigo mío; a eso será preciso que le responda mi chaufeur. Le oigo hablar de cosas que para mi son fantásticas: el magneto, el carburador...

Gueret (A Roberto.) Hazme el favor de ver tú mismo.. (Vase Roberto.) Siéntese usted, Condesa. (Le acerca un sillón y se sienta.)

ESCENA IX

JUAN GUERET y LA CONDESA

Cond.ª Gracias, y conste que no vengo a reclamar ni a dar quejas. He venido tan solo a preguntarle si me prestará usted uno de sus coches mientras el mío está en reparación.

Gueret (Galante.) Oh, desde luego.

Cond.ª Muy agradecida, pero me interesa mucho tener pronto terminado el arreglo del mío, porque en breve pienso salir de Niza.

Gueret ¿Prepara usted algún viaje de recreo?

Cond.ª Traslado mi residencia.

Gueret (Sorprendido.) ¿Cómo? ¿Nos abandona usted?

Cond.ª Pienso volver a mi patria.

Gueret ¿Por poco tiempo?

Cond.ª Definitivamente.

Gueret (Impresionado.) ¡Ah! ¡Imposible! (Brusco.)

Cond.ª (Irónica.) ¿Lo siente usted?

Gueret (Dominándose.) Siempre es triste dejar de ver... a quien se ha profesado un gran afecto...

Cond.ª (Irónica siempre.) ¿Afecto?... ¿De veras me ha querido usted?

Gueret (Con explosión.) La he deseado locamente...

Cond.ª Ah, vamos: es distinto.

Gueret De sobra sabe usted que la he querido con ceguera...

Cond.ª Hasta perder la razón... ¡Ja, ja, ja!

Gueret ¡Oh!...

Cond.ª (Sonriendo.) Pero... no la ha perdido.

Gueret (Seco y brusco.) No, a Dios gracias. La razón en mí está por encima de todo: del corazón y de los sentidos.

Cond.ª ¡Insolente!... ¡Bah! Es necesario estar convencida de quién soy y lo que valgo, para no tomar en cuenta sus palabras.

Gueret No, Condesa; basta de fingimientos. Al extremo que hemos llegado no debemos tener miedo a la verdad. Ha sido usted para mí la tentación constante; yo, para usted, un juguete...

Cond.ª ¡Por Dios, amigo mío!

Gueret O un adversario, sobre el cual viene usted hoy a disparar su último tiro...

Cond.ª ¡Qué mal me juzga usted! (Pausa.) Le perdono porque veo que sufre.

Gueret Sufro, sí; sufro porque ¡al fin! he visto claro su proceder conmigo. (La Condesa quiere hablar, Gueret se lo impide.) Déjeme usted seguir: es necesario... Yo he trabajado sin tregua desde niño; toda mi vida ha sido un batallar constante. Ni aun hoy, cuando las primeras hebras de plata brillan en mi cabeza, he logrado dar fin a la odiosa tarea. ¡Y no soy triunfador, soy un vencido! Heme aquí, sin haber alcanzado otra cosa de la vida que amargos sinsabores. ¡Todo cuanto puede pedírsele... todo—cuanto en afortunado torbellino nos puede dar—todo lo para mí desconocido, como una recompensa... me la ofrecían sus ojos acariciadores!... Dos años... esperando que se cumpliera esa promesa... muda... ¡que llegase el momento!... ¡Llegó por fin... y es este! (Transición.) ¡Bah! Después de todo... Yo soñaba... y usted, *piadosa*, ha querido despertarme... Le doy las gracias y me felicito.

Cond.ª No sea usted injusto... Usted sabe muy bien que le he querido... Sí; y le quiero... pero para mí sola... Yo he sido para usted solo un capricho.

Gueret Y durante dos años he sabido dominar ese deseo.

Cond.ª (Irónica.) Prueba de que en usted triunfa siempre la razón.

Gueret (Con rudeza.) Y en usted el cálculo.

Cond.ª ¿Cómo? No entiendo.

Gueret Viene usted a anunciarme su marcha, segura del efecto que la inesperada noticia había de causarme.

Cond.ª Por qué negarlo; sí; estaba deseosa de saber hasta dónde llegaba ese amor de que tanto alardea.

Gueret Y una vez, bien segura de su triunfo, ha supuesto usted que al casar a mi hija quedaría yo libre para divorciarme, ¿no es así? ¡Qué insensatez! No; yo no soy un egoísta, ni un loco, capaz de hacer desdichada a la mujer con la cual me unen lazos algo más fuertes que los que podrían unirnos...

Cond.ª ¡Gueret!... Esas palabras...

Gueret Son las únicas que ahora puedo pronunciar. (Violento.) Mi mujer, no solo tiene todos los encantos y atractivos de la mujer propia, sino que además posee todas las bondades de la mujer honrada. No puedo sustraerme a esta confesión.

Cond.ª Muchas gracias. (Con ironía.) ¿Eso cree usted?

Gueret Estoy seguro.

Cond.ª Entonces confirma usted mi pensamiento... He sido para usted sólo un capricho. Ya ve usted cómo he hecho bien en resistir... La mujer honrada no admite el amor a medias.

Gueret Ciertamente... y para justificarlo... logró usted ser la esposa del Conde de Servais.

Cond.ª Hace usted mal en insultarme. No tiene usted derecho... (Indignada.)

Gueret Es verdad, para qué...

Cond.ª (Indignada y casi gritando.) No tiene usted derecho. Yo hubiera sido de usted *únicamente*, mientras que su mu...

Gueret (Con ira, sin dejarla terminar la frase.) ¿Qué va usted a decir? ¡No la nombre... no la nombre!...

Cond.ª ¿Por qué no? ¿Es su mujer de usted de otro

barro distinto que las demás? ¿Por qué no puede hallarse su espíritu en idéntico estado que se encuentra el de usted?

Gueret No comprendo la intención de sus palabras.

Cond.ª Si siendo usted un hombre equilibrado, ese equilibrio no le ha impedido enamorarse de mí... ¿es cosa extraordinaria que ella igualmente se enamore de... otro?

Gueret (Exaltado.) ¡Miente usted! ¡Miente usted!

Cond.ª Es una hipótesis... No afirmo... lo supongo.

Gueret Supone usted una infamia.

Cond.ª Adiós, amigo mío... no es posible detenerme más... (Irónica, queriendo marcharse.)

Gueret No; no, Condesa; después de haber abierto una herida en mi alma, no puede usted marcharse así. ¡Por favor, hable usted!

Cond.ª Para qué... Mis palabras sólo conseguirían exaltarle... Repito que todo cuanto he dicho... es una hipótesis... pero confiese usted que nada tendría de extraño... Se casaron ustedes muy jóvenes... ella sobre todo... era una niña... y la luna de miel pasa tan pronto... luego, el amor se enturbia con los años.

Gueret (Cayendo anonadado en un sillón.) Basta... basta...

Cond.ª (Como si no le hubiera oído.) Usted siempre ocupado en sus negocios... ¡La vida se gasta en ellos tan deprisa!... Por eso, sin duda, avaro de ella, ha buscado usted un colaborador... en ese muchacho, Roberto Marcel... ¿No ha notado usted que tiene un tipo muy interesante? ¡Oh, es un chico muy guapo!... (Con intención.)

Gueret (Adivinando, se pone de pie.) ¿Qué quiere usted decir?

Cond.ª ¿No ha observado usted nunca los ojos de Roberto y de Sara cuando se hablan? Es muy curioso... muy curioso... Le recomiendo que les observe usted.

Gueret ¿Y era eso?... ¡Bah, Roberto es un chiquillo! (La Condesa sonríe.) Es usted infernal.

Cond.ª No; soy una mujer a quien usted ha maltratado injustamente. Soy una mujer sincera, que admira su voluntad... su fuerza... su talento, y hasta sus violencias. Soy una mujer que le ha querido... y le quiere de veras... pero que es egoísta de ese amor. Algún día se arrepentirá usted de haberme juzgado

como me juzga. Ese día... llegará... lo presiento, lo sé... ¡está escrito!... Cuando ese día llegue... le espero.

(Sara cruza por el foro, y a través de los cristales advierte la presencia de la Condesa, mostrándose sorprendida. Luego duda y desaparece.)

Gueret (Irónico.) ¿De veras?

Cond.ª De veras.

Gueret (Con un gesto casi despreciativo.) ¡Ah!

Cond.ª Confiese usted que en este instante me aborrece.

Gueret ¡Para qué! Tiene usted el encanto y la seducción de lo malo.

Cond.ª He sido cruel con usted, pero sincera.

Gueret Lo que ha hecho usted conmigo ha sido algo más que una crueldad... ha sido una infamia. Por fortuna, soy fuerte—aun cuando usted lo dude—y no caeré en el lazo con que hábilmente pensaba sujetarme.

Cond.ª ¿Cómo?

Gueret Aunque tarde, la he conocido a usted, señora. Ha pretendido usted deshacer un hogar, para adquirir un director, o un esclavo capaz de levantar esas grandes fábricas abandonadas que usted posee, única forma de rehacer su fortuna.

Cond.ª No; eso no. Mi amor es desinteresado y sincero, pero por lo mismo, lo repito, no acepto el repartirlo. (Sara ha entrado sin que ellos lo adviertan, quedando de pie junto a la puerta.) Perdóneme usted y adiós... amigo mío. Pronto seremos dos a perseguir el mismo objeto y entonces comprenderá todo el valor que tiene poder hallar el modo de realizar un sueño. Ya lo sabe usted... ¡le espero!

(Sara ha dado un paso atrás y cierra la puerta de golpe. Ellos vuelven la cabeza, pero no se dan cuenta de que Sara les ha oído. Su entrada es alegre, disimulando su pena.)

Sara (A la Condesa) ¡Oh, amiga mía!.. No sospechaba tener la satisfacción de encontrarla aquí!...

Cond.ª Yo tampoco. ¿Viene usted con frecuencia al despacho de su marido?

Sara Raras veces. (A Gueret.) Te traigo un telegrama de los Durand, llegan en el tren de las seis.

Gueret Habrá que ir a la estación a esperarles.

Cond.ª Ustedes tendrán que hablar; les dejo...
(Aparece Roberto.)

Gueret Roberto nos dirá lo que tiene el coche.

ESCENA X

DICHOS y ROBERTO

Rob. Es preciso desmontarle por completo. Si usted no tiene inconveniente, he mandado poner a su disposicióu uno de nuestros *taxis* de servicio. Es cuestión de unos días...

Cond.ª Precisamente me ofrece usted lo que yo acababa de solicitar. Pronto me despediré de ustedes en definitiva. Dejo Niza para instalarme en Rusia. (Gueret queda hablando con Roberto.)

Sara Supongo que su decisión no es irrevocable.

Cond.ª En absoluto. Todo cansa, necesito cambiar de aires y de ambiente, un escenario mayor.

Sara ¿Sí?... Pues en los escenarios pequeños es donde se representa mejor la comedia.

Cond.ª ¿Cuál?

Sara Eso dicen... los que entienden de ello... ¿De modo que allí es donde usted piensa esperarle? (Con intención.)

Cond.ª ¿A quién?...

Sara (Maliciosa, disimulando.) Su auto, el que está en reparación.

Cond.ª (Impertinente.) Oh, no tengo prisa. Todavía estaré aquí algunos días para hacer mis preparativos. Hasta la vista.

Sara Adiós, Condesa.

Rob. Roberto, ¿quiere usted tener la bondad de acompañarme hasta el coche que me ha ofrecido?

Rob. A sus órdenes.

Cond.ª (A Gueret, que se dispone a acompañarla.) No, usted no. Quédese... Hasta pronto. (Vase con Roberto.)

ESCENA XI

JUAN GUERET y SARA

Gueret ¿A qué hora ha llegado este telegrama? (Observa a Sara que hace esfuerzos para sostenerse y adivina en ella profunda emoción.) ¿Qué es esto... qué te sucede?

Sara Nada.

Gueret ¿Qué tienes?

Sara Acabo de pasar momentos muy amargos... una pena muy grande...

Gueret ¿Qué pena puede ser esa?

Sara Una amiga... la mujer de uno de nuestros amigos...

Gueret ¿Quién?

Sara No me preguntes su nombre... ¡El nombre qué importa! Ni a ti puedo revelarlo, porque contra su voluntad, la he arrancado el secreto.

Gueret Bien, dime, que yo conoceré de quién se trata.

Sara Entonces es preferible que no hable. Vuelvo a casa... tú encárgate de recibir a los Durand y excúsame...

(Gueret, con afecto, la impide marchar.)

Gueret No te vayas... es preciso que yo sepa... Ea, dime de una vez lo que le ocurre a... tu amiga.

Sara ¿Tanto te interesa esa historia?

Gueret Al principio, no; pero tu negativa ha aumentado mi curiosidad, te lo confieso.

Sara A ti no va a interesarte; las mujeres somos más sensibles y todo nos impresiona.

Gueret Te ruego que hables.

Sara Se trata de una mujer,.. que adora ciegamente a su marido, que por él vive y por él lo hubiera sacrificado todo. El amor de esa mujer es inmenso, positivo, algo así como su propia vida. Poco a poco, sin darse cuenta, el amor de su marido, ha ido acabándose. Ella ha espiado gestos, palabras... y ha tenido el valor de soportarlo todo, desafiando el drama, mejor, la tragedia de su alma, sin una queja, sin un lamento, aguardando con resignación el golpe que pondría término a su felicidad. Y ese momento ha llegado. El marido se marcha para unirse a otra, y ella lo sabe; imagínate el drama.. y comprenderás lo que me ha impresionado el sufrimiento de mi amiga... pero pasará... pasará. (Una pausa.)

Gueret (Cariñoso.) No, Sara, no. Es preciso que trates de consolar a tu amiga. Debes decirla... yo te lo ruego, que ese hombre, como todos, lleva dentro de sí pasiones y deseos, pero

que ese hombre es fuerte, conoce la vida, ha aprendido a luchar y sabrá vencerlas. Puedes jurárselo también, si es preciso.

Sara Fíjate en lo que dices.

Gueret Puedes jurarle que ese hombre no ha sido nunca... ¡nunca!, entiendes, el amante de esa mujer que ella supone... y júrale también que... su marido no la abandonará jamás.

Sara ¿Has meditado bien lo que dices?

Gueret Júraselo... y yo también te juro que en ningún momento me has parecido más noble... ni más buena. (Besándola.)

Sara ¡Silencio!... Roberto vuelve, que no se entere... (Se coloca de modo que Roberto no pueda verla la cara al entrar.)

ESCENA XII

DICHOS y ROBERTO

Gueret (A Roberto.) ¿Has dado las órdenes oportunas para que el *chassis* de la Condesa entre en el taller de reparaciones?

Rob. Sí. Pero... ahora hay algo que me preocupa. Cinco obreros acaban de abandonar el trabajo.

Gueret ¿Qué razón han dado para ello?

Rob. Ninguna. Además, he recorrido los talleres y reina en ellos un aire de misterio que me desagrada.

Gueret ¡Ah!...

Rob. Aunque sea pesadez, señor Gueret, creo que debía reformar el reglamento.

Gueret ¿Cómo?

Rob. De lo contrario, estamos abocados a un conflicto. (Roberto intenta avanzar y Gueret, con calma, le detiene.)

Gueret ¡Bah! ¿Crees tú que hay conciliábulos?

Rob. Sí.

Gueret ¿Has oído algún grito, alguna protesta?...

Rob. Murmuraciones... cuchicheos...

Gueret ¿Se han mandado ya los contratos para Londres?

Rob. Hace rato se los llevaron al correo.

Gueret (Con enojo.) Es una contrariedad... En fin, hay que proceder con energía. (Roberto sonríe iróni-

camente.) Yo mismo iré a despejar la situación; detesto los nebulosidades. (Se dirige a la izquierda.)

Rob. No vaya usted, señor Gueret, es preferible que sea yo quien les convenza...

Gueret (Con dignidad y energía.) ¿Tú?... Eres demasiado niño todavía y los desplantes y las amenazas te convencerían. Quédate. A mí no me acobardan ni me intimidan. (Vase Gueret. Sara ha quedado a un lado examinando unos dibujos.)

ESCENA XIII

SARA y ROBERTO

Sara ¡Por Dios, cuénteme usted lo que ocurre!

Rob. (Agitado.) Señora, sucede algo que en manos del señor Gueret pudiera revestir mayor gravedad.

Sara Sin embargo, mi marido siempre ha resuelto satisfactoriamente cuantos conflictos le han planteado. Todo el mundo dice que es un buen domador.

Rob. Sí, pero los buenos domadores acaban devorados por las fieras.

Sara En peores circunstancias, con menos recursos que ahora, ha sabido luchar e imponer la razón y la justicia, y luego ellos mismos se lo han agradecido.

Rob. Hoy puede resultar vencedor, pero mañana...

Sara No sigamos esta discusión inútil; ya veremos lo que ocurre. Es usted leal y bueno, creemos en su sinceridad y en su cariño En esta casa se le ha tratado siempre como a amigo verdadero.. como a un segundo hijo.

Rob. Gracias, señora, esas palabras me dan el valor necesario para...

Sara ¿El valor?

Rob. Sí; ellas me alientan... pero no vaya usted a regañarme...

Sara ¿De qué se trata?

Rob. De un asunto muy íntimo.

Sara ¿De usted?

Rob. De ustedes... He prometido poner en él todo mi empeño.

Sara ¡Me inquieta usted, por Dios! ¿A qué tanto rodeo? Hable de una vez.

Rob. El caso... es demasiado serio para que yo intervenga, pero... ¡quién sabe si hallaremos en usted una poderosa aliada contra el señor Gueret!

Sara ¿Contra mi marido?

Rob. El señor Gueret decide—sin consultar el corazón de su hija—casarla con Jorge Durand. Jorge Durand no es el hombre que puede hacer feliz a Ana María.

Sara (Con sorpresa.) ¿Quién se lo ha dicho a usted?

Rob. Ella misma.

Sara (Con mayor sorpresa.) ¡Cómo!... No comprendo. ¿Ana María le ha dicho?...

Rob. Aquí... y hace un momento.

Sara (Con estupor.) ¿Ella... aquí? ¡Oh!

Rob. ¿Le sorprende?

Sara Mucho; es una insensatez que no dejaré sin castigo. Bien hizo usted al decir que no es asunto de su incumbencia. Es demasiado íntimo y delicado para que en él se mezcle un extraño.

Rob. ¡Un extraño!... Ahora soy yo quien no comprende.

Sara Pues ha debido usted comprenderlo. Le ruego que en lo sucesivo... no vuelva a ocuparse de mi hija.

Rob. No alcanzo la razón que justifique esa violencia.

Sara Si mi hija necesita confiar a alguien sus sentimientos, debió ser su madre la primera, la única, en escuchar sus confidencias. Usted, Roberto, ni puede ni debe emitir opinión alguna en un asunto de familia que está de usted a cien leguas. La más elemental discreción, le impone silencio. Posee usted la confianza de mi marido para los asuntos industriales exclusivamente. No lo olvide.

Rob. ¿Y cree usted, señora, que no me interesa el porvenir de Ana María? Hace un instante me ha dicho usted que era considerado en esta casa como un segundo hijo.. Perdone usted, señora, que por *creerlo así*, me haya atrevido.. a expresar una opinión sincera.

Sara (Dominándose.) Soy yo, Roberto, quien merece disculpa, pero... estoy muy nerviosa. ¡Hoy

me sobran motivos para ello!... Olvide mis palabras. He contestado ingratamente a una prueba de afecto a que le autorizaba la amistad con Ana María. ¡Las madres vivimos tan celosas de nuestras hijas!...

Rob. Todo eso está muy bien. Tales razones tranquilizarían a otro; para mí, son de una vaguedad que me desconcierta. Necesito aclarar dudas que me asaltan, necesito insistir.

Sara Roberto...

Rob. Le ruego que me escuche y me responda.. Ana María no quiere a Jorge Durand. Pues bien, si un hombre honrado, trabajador... Un hombre, en fin, de su mundo, del mundo industrial... se presentase...

Sara (Con temor.) ¿Qué quiere usted decir?

Rob. Si yo, señora, pidiera a usted la mano de su hija...

Sara (Con espanto.) ¡Jesús! ¡Está usted loco... loco!

Rob (Lívido.) ¡Ah, ese grito es el que yo esperaba!... ¡el que temía!

Sara (Con horror.) ¡Qué insensatez!... ¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca!

Rob. (Frío.) Tranquilícese usted. No soy un loco ni un insensato. No pienso pedir la mano de su hija... ¡Vale mucho! He querido saber únicamente si el origen de mi nacimiento podía ser un obstáculo, una barrera infranqueable... en mi vida.

Sara (Con desesperación.) No, Roberto, no es eso.

Rob. (Sonriendo.) ¡Es demasiado tarde! Ya sé lo que yo soy y me resigno. ¡Tenía usted razón!... ¡Un *extraño* para todos... siempre!

Sara ¡No es eso, no es eso... se lo juro!

Rob. Entonces .. dígame usted el motivo...

Sara (Luchando.) ¡Oh, sí, sí lo diré... debo decírselo! ¡Ah, no; no puedo!

Rob. (Sonriendo incrédulo.) Lo supongo... ¿Cómo podía usted justificarse?

Sara (Ha seguido luchando y al fin cambia su rostro de expresión.) ¡Basta! Usted no es aquí... más que un empleado... No me pregunte más y ocupe el lugar que le corresponde.

Rob. ¡Al fin! ¡Un empleado! ¡Para qué más fingimientos! (Herido en lo más hondo de sus sentimientos.) ¿Un empleado?... Es cierto.. es cierto. ¡Gracias a usted poseo un nombre digno!... ¡El empleado!... ¡Curioso... muy curioso!...

(Muy nervioso se sienta detrás de la mesa y golpea en ella.) ¡Así!... ¡Así! ¡Ya estoy en mi puesto!

Sara (Balbuciente.) No me ha comprendido usted, Roberto... No he querido ofenderle... Perdone usted... se lo suplico.

Rob. ¿Perdonarla? ¿Por qué?... ¡Qué importan mi cariño y mis desvelos!.. ¡Qué importan mis afanes y mis luchas!. . ¡Qué importan mis horas de estudio y de trabajo! Todo eso... me lo pagan... tiene precio. ¡El salario me compensa de todo! ¡Puaff!... ¡Qué asco! Sólo he sido un imbécil... un iluso que ha vivido en el engaño. (Se oyen rumores de los obreros que discuten en el interior de la fábrica) ¡Tan grande como mi desilusión, será mi venganza!

Sara (Aterrada.) ¡Roberto!... ¡Roberto!...

Rob. (Irónico.) ¡El empleado, señora, el empleado! (Entra Gueret, furioso.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y GUERET

Gueret (A Sara.) ¿Los oyes? Pedro tenía razón... Allí les he dejado discutiendo. ¡No tiembles, mujer, no tiembles! Son más torpes que malos... (A Roberto) Y tú, tú eres el causante de todo. Si se me imponen, culpa es de tus ideas y tus exaltaciones. No lo niegues. Ellos mismos han tenido la osadía de decírmelo, como un ultraje o como un desafío. Pues bien, *tú mismo* vas a decirles que en esta casa no hay más voluntad que la mía, vas a decirles que ante esa voluntad te inclinas tú como obedecen ellos... y añade que te haces solidario de todos mis proyectos. ¡Si no eres un cobarde... vé a decírselo!

Rob. (Frío y enérgico,) ¡No voy!

Gueret (Furioso.) ¡Cómo!... ¿Te niegas?

Rob. Sí, me niego.

Gueret ¿Y si yo te lo mando... te lo exijo?

Rob. También. Solo me comprometo a que salgan de los talleres en silencio. Este es el resultado de una afrenta que nunca he de olvidar. Cuando todos hayan salido, ¡adiós para siempre!

Sara ¡Ah!...

Gueret (Fuera de sí.) ¿De modo que me has hecho traición villanamente?

Rob. No es traición, es venganza.

Gueret ¿Venganza?

Rob. ¡Sí, venganza! (Violento.)

Gueret ¿Y tú... tú te atreves a ponerte frente a mí? ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

Rob. ¡Un iluso... o un necio, según yo!...

Gueret ¿Qué?

Rob. (Seco y saliendo por el foro.) ¡Según usted, un loco... un insensato! ¡Soy un obrero más... me voy con ellos! (Gueret intenta seguirle, evitándolo Sara. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La biblioteca de Gueret. Habitación reducida y lujosa, llena de anaqueles y librerías. En el foro una galería, y más allá la terraza sobre el jardín. Muebles ingleses modernos. En segundo término, teléfono sobre una mesita. Puerta a cada lado que comunica con las habitaciones interiores. En primer término izquierda, un velador con la cena servida para dos cubiertos, y junto a él un quinqué de pie. Al levantarse el telón, la escena no recibe otra luz que la proyectada por la luna, cuyos rayos penetran en la galería a través de los cristales.

ESCENA PRIMERA

UN CRIADO. Después GUERET y SARA

Entra por la galería el Criado, da vuelta al interruptor y queda el foro iluminado; avanza luego y enciende el quinqué, quedando en el fondo mientras entran Sara y Gueret. Sara viene muy elegante, en traje de «soirée», cubierta con una capa de raso o un abrigo; Gueret entrega el abrigo al Criado y queda en traje de frac. Sara se ha sentado junto a la chimenea buscando el calor. Pausa. Gueret abre varias cartas y telegramas que ha recogido de la mesita-velador

Gueret (Con un telegrama en la mano.) ¿Tienes frío?

Sara Un poco. Me he quedado helada en el palco...

Gueret Exageras, mujer; yo no he sentido... (Abre otros dos telegramas rápidamente y los tira sobre la mesa. Luego abre nervioso un sobre y, temblando, lee una carta.) ¿Cuándo han traído esta carta?

Criado Hace bastante rato.

Gueret ¿Quién?

Criado Un empleado de la fábrica.

Gueret ¿Qué hora era?

Criado Serían las nueve y media... Aguardaba la respuesta, pero le he dicho que los señores estaban en el teatro.

Gueret (Bajo, para que no lo oiga Sara.) Puedes retirarte; luego te llamaré.

Sara (Mientras se aleja el Criado.) ¿Qué ocurre?

Gueret Nada. (Al Criado, que está en el foro.) Mi batín. (Vase el Criado.)

Sara ¿No ocurre nada, realmente?

Gueret Nada.

Sara Y... esas cartas, ¿no contienen alguna nueva desagradable?

Gueret No. Cosas sin importancia.

ESCENA II

SARA y GUERET

Sara Estoy rendida; perdóname que no te acompañe.

Gueret ¿Te encuentras mal?

Sara No; estoy fatigada. Los entreactos han sido interminables, y la obligación de acoger con una sonrisa a todos los amigos curiosos que trataban de espiar mis sentimientos, me ha destrozado. Debiste evitarme ese mal rato.

Gueret Siempre has sido valiente ante el peligro; jamás observe en ti, ni aun en momentos supremos, ese decaimiento que ahora noto. Acuérdate de la primera época de mi negocio y compara. Antes tenías más energía.

Sara Tenía más juventud... ¡Entonces tenía veinte años!

Gueret Para no acobardarme... yo todavía los tengo. Cuando la ciudad toda repite que mañana estaré arruinado, asisto tranquilamente a un estreno en la Opera, en mi palco, y con la frente muy alta. El hombre vencido, es una negación.

Sara Intento, como tú, sobreponerme a todo... pero es inútil. (Le da las manos.) Hasta mañana.

Gueret Hasta mañana... (El la observa y Sara, que va a salir, se detiene junto a la puerta.)

Sara (Afectuosa.) ¿Qué tienes, Juan?

Gueret ¿A qué viene esa pregunta?

Sara ¿Estás incomodado conmigo?

Gueret ¿Yo incomodado? ¿Por qué?

Sara Desde hace días observo en ti un cambio extraño.

Gueret Desde hace días afronto el peligro, la situación. Si no termina pronto... será mi ruina.

Sara Otras veces has luchado también y has tenido para mí palabras de ternura y de cariño.

Gueret No era tan grave como ahora.

Sara Ayer no decías lo mismo.

Gueret ¿Qué dije ayer?

Sara Que el triunfo era tuyo.

Gueret ¡Lo será!

Sara Entonces...

Gueret Entonces... (Sin querer hablar.) ¡No sé, no sé... déjame... déjame ahora! ¡Es preferible que me dejes!.. Estas fatigada, nerviosa... yo, también. Mañana hablaremos.

Sara ¿Por qué no quieres abrirme tu pecho en la desgracia para que pueda consolarte como otras veces?

Gueret Porque ahora es muy distinto el sufrimiento: voy a dar la batalla, y en estos instantes de lucha, serían inútiles las efusiones cariñosas y las palabras de consuelo. (Sara pretende hablar y él, con un gesto imperativo, lo evita.) Déjame ahora. Ya en otra ocasión hablaremos. Cuando todo termine... será quizá la hora de las explicaciones.

Sara ¿Qué significa? ¿De las explicaciones?... ¿Es esto una amenaza?

Gueret No insista. Acuéstate y descansa.

Sara (Contrariada.) ¡Como quiera! (Sara se dirige nuevamente a la puerta de la izquierda y se detiene.) ¿Y tú?...

Gueret Me quedo. Debo redactar varios telegramas que hay que mandar mañana muy temprano. Buenas noches.

Sara Adiós. (Vase Sara con paso lento. Cuando ha salido, Gueret llama al teléfono.)

Gueret Oiga... señorita... 1-3-6... gracias. (Pausa. Llamando.) ¿Talleres Gueret?... ¿Hay novedad?... ¿Cómo?... ¿Nada?... Perfectamente. (Cuelga el auricular.)

ESCENA III

GUERET y un CRIADO. Después PEDRO

Entra el Criado con el batín. Gueret se lo pone y entrega el frac al Criado

Gueret ¿Está ahí Pedro todavía?
Criado Sí, señor, aguarda las órdenes para mañana.
Gueret ¿Qué dijo el que vino antes, al saber que yo no estaba?
Criado Que volvería más tarde.
Gueret ¿Le habrás dicho que a estas horas?..
Criado Sí, señor, pero me contestó que el asunto era urgente y que de todos modos volvería a la una.
Gueret Dile a Pedro que entre. (Vase el Criado. Gueret pasea nervioso, va a sentarse a la mesa-velador y se levanta en seguida.) Mucho interés tienen. Comprenden que me asiste la razón. (Va a abrir la cristalera del foro para respirar mejor. Vuelve el Criado acompañando a Pedro, que viene en traje de chauffer.)
Pedro (Entrando.) Señor...
Gueret (Al Criado.) Cuando quieras puedes acostarte.
Criado ¿El señor apagará?
Gueret Sí, anda.
(Vase el Criado.)

ESCENA IV

GUERET y PEDRO

Gueret Acércate... ¿Puedo contar contigo para todo?
Pedro Señor, me parece...
Gueret ¿Estás incondicionalmente a mis órdenes?
Pedro Al aceptar este uniforme...
Gueret Esta noche te quedarás aquí.
Pedro ¿Teme usted algo?
Gueret No. Hoy menos que nunca. Sospecho que desean someterse. Me mandan un parlamentario.
Pedro ¿Cuándo? ¿Ahora?
Gueret Ya estuvo aquí y volverá a la una.

Pedro ¡Ah! Entonces es que han agotado todos los recursos.

Gueret Así parece. (Fuera ruido de un carruaje. Los dos escuchan. Gueret consulta el reloj y Pedro sale a la terraza.) ¿Ha parado un coche, verdad?

Pedro Debe ser... el del embajador. (Con sorna insolente.)

Gueret Vé a buscarle... (Vase Pedro por la galería.) ¡Mucha prisa tienen! ¡Buena señal! (Se acerca al velador, echa agua en un vaso y bebe un sorbo tranquilamente. Una pausa. Pedro introduce a Limeuil, que llega en traje de viaje. Al verle, Gueret muestra gran sorpresa.) ¿Tú?... Confieso que no te esperaba. ¿De dónde sales a estas horas?

Lim. De la estación. He pasado dos días... metido en un maldito tren italiano, y ya supondrás que vengo hecho polvo. (Coge la botella del agua y la vierte en otro vaso distinto del anterior.) Perdóname... ¡No podía más! Te recomiendo los ferrocarriles italianos «Prompti, prompti» y no salen nunca.

Gueret (A Pedro.) Vigila, y cuando llegue el mensajero, que aguarde un momento y me avisas. Ordena que preparen... Supongo que dormirás aquí.

Lim. Quiá, ni pensarlo. Me espera mi criado, con el equipaje, en el Magestic. Ya no tengo veinticinco años, y la experiencia me ha enseñado a no hospedarme jamás en casa de los amigos; sin embargo, agradezco tu invitación. (Gueret hace una seña a Pedro que se marche.) Estaré aquí el tiempo necesario para decirte lo indispensable y... a descansar, que bien merecido lo tengo.

ESCENA V

GUERET y LIMEUIL

Gueret Explícame el motivo de este viaje improvisado.

Lim. Sencillamente, los telegramas alarmantes de tu mujer.

Gueret (Con sorpresa.) ¿Cómo? ¿De mi mujer?... ¿Te ha telegrafiado Sara?

Lim. ¿No lo sabías?

Gueret (Disimulando.) ¡Ah! Sí... ahora recuerdo... En

realidad, la situación no es halagüeña, pero... está dominada.

Lim. Bien, ¿pero Roberto?... ¿Se le ha encontrado ya?

Gueret (Comprendiendo) Ah... Roberto. Desde que salió de casa no he vuelto a saber de él.

Lim. ¿Y no tienes idea de dónde pueda estar?

Gueret En absoluto.

Lim. Pues yo te aseguro que mañana habré averiguado su paradero y te lo traeré.

Gueret ¿Para qué?

Lim. ¿Cómo que para qué? Para que te dé una satisfacción y se someta a tu voluntad.

Gueret No, no, te equivocas. No me hacen falta las excusas ni la sumisión. Prefiero no verle, porque no sabría dominarme. Creí proteger a un muchacho noble, y me he encontrado con un canalla. ¡Peor para él! Que siga por su camino. Yo continuaré el mío.

Lim. (Asombrado.) Ahora soy yo quien no comprende... En el telegrama, tu mujer me rogaba que viniera para convencer a Roberto y traerle nuevamente a tu casa.

Gueret (Desconcertado, disimulando.) ¡Ah, sí, sí! Fué la primera idea... pero he cambiado de modo de pensar. Sara, ha exagerado mucho. Las mujeres son débiles... obedecen instintivamente a su bondad... a su... corazón... pero yo te aseguro que no tengo el menor deseo de oir pronunciar su nombre.

Lim. Es necesario, al menos, que implore tu perdón.

Gueret Ni para eso quiero verle. Detesto los sentimentalismos y las lamentaciones inútiles; además, me repugnaría ver humillado ante mí al que pretendió mi ruina.

Lim. ¿Tu ruina?... ¿Qué dices?

Gueret Mi ruina, sí; como lo oyes. A ti no puedo ni quiero ocultártelo. En la forma en que tenía yo montado mi negocio, dos meses de paralización absoluta, producen la catástrofe. Otro cualquiera se hubiera sometido... y entregado. ¡Ah, yo no, yo no! Aún me siento con fuerzas para recuperar lo perdido y rehacer por tercera vez mi fortuna. No lo había previsto ese malvado. En Londres debo pagar seiscientos mil francos de indemnización. Figúrate... ¡En un solo merca-

do! El mismo día en que estalló el conflicto, Roberto había redactado y puesto a mi firma los contratos. (A una mirada de asombro de Limeuil.) Sí, sí; Roberto Marcel, el niño misántropo, la persona de confianza... mi protegido... ¿Me escuchas con asombro? Ya sabes hasta dónde puede llegar la cobardía de un malvado.

Lim. (Lívido.) ¡Pero si no es posible lo que tú dices!

Gureet En la vida todo lo es. Necesito que lo sepas todo, todo... para que juzgues tú mismo y te convenzas de que hubo en él un deseo de venganza. Aquél mismo día, pocos minutos antes de producirse la huelga, había pedido a Sara la mano de nuestra hija.

Lim. (Alarmado.) ¿El?...

Gueret Sara se la negó con cierta violencia inexplicable, porque, después de todo, debió consultarme antes de darle una negativa terminante. En fin, no vamos a discutir eso ahora. Sus razones tendría para proceder así. Roberto no es el que todos creíamos; es violento, orgulloso y vengativo; humillado, decidió con rápidez la venganza. Una venganza ruin... abominable...

Lim. (Protestando.) No, no. Le conozco. Es un exaltado, un loco, el hijo de un enfermo, pero no es un canalla. Te aseguro que es incapaz de haber premedita lo ese acto monstruoso.

Gueret (Con desdén.) ¡Bah!... Después de todo, ¿qué me importa? He conocido a un hombre más y he recibido un nuevo desengaño. Esta noche van a proponerme la paz, seguramente. ¡Sea! Mañana... a reanudar la lucha y a triunfar de nuevo. (Contento y exaltado.) Mi crédito está intacto. (Paseando muy agitado.) Venceré, sí, venceré. ¡Estoy seguro! Tengo el arma decisiva: el taller moderno, montado con nueva maquinaría y todos los adelantos. Sin esto, hubiera logrado mi ruina ese infame... pero... ¡bah!... A este león no se le vence fácilmente. (A Limeuil que está muy agitado. Con orgullo.)

Lim. Creo en ti, en tu talento y en tus energías, pero no puedo convencerme de la culpabilidad de Roberto.

Gueret Entonces... ¿es que dudas de mí?

Lim. No es que dude, pero aquí hay algo muy

extraño que ignoramos todos. Mañana yo sabré a qué atenerme.

Gueret No lo niego, pero no podrás cambiar la triste realidad de los hechos. (La entrada de Pedro, por el foro, corta el diálogo.) ¿Ha venido ya?... (Pedro contesta con la cabeza afirmativamente.) Un momento... ya te avisaré. (Vase Pedro.) ¡El final de la lucha! ¿Quieres esperar ahí, en esa habitación? (Indicando la derecha.) La entrevista será breve.

Lim. Perdona, estoy desorientado y rendido, mañana nos veremos.

Gueret Entonces te acompaño hasta el coche. Por aquí...

(Antes de salir Gueret llama al timbre, saliendo por la derecha con Limeuil. Por la galería entra un instante después Roberto, a quien introduce Pedro. Roberto viste correctamente, pero sin aliño, adivinándose en él al empleado antes que al señorito. Usa corbata negra y zapato de cuero. Pedro le introduce como lo haría con un enemigo.)

ESCENA VI

PEDRO y ROBERTO, luego JUAN GUERET

Pedro Pase, pase usted, *señorito*... y siéntese... *señorito*... Roberto. La espera será corta, pero le da a usted tiempo de fumarse un cigarrillo. El amo ha ido (Con mala intención,) a acompañar a su... a su amigo de usted, a... su padrino... vamos, a su protector, el señor Limeuil. (Ha dicho esto con mala intención, como queriendo humillarle. Roberto le ha oído despreciativamente y en silencio.) Perdón, si le molesta mi charla... (Pausa.) Pero... siéntese usted... *señorito*. (Roberto continúa de pie, pálido, haciendo un esfuerzo para no contestar o abofetearlo. Aparece Gueret en la puerta derecha, y queda sorprendido al ver a Roberto. A una seña, vase Pedro.)

ESCENA VII

JUAN GUERET y ROBERTO

Gueret En la nota recibida, he creído adivinar tu estilo... pero no sospeché que tu impudor

llegase hasta el extremo de venir a mi casa.. Ya estás en ella, habla.

Rob. Lo que usted llama impudor, señor Gueret, no es otra cosa que caridad.

Gueret (Con ira.) ¿Qué dices?... ¡Insolente! ¿Pretendes, acaso, ofrecerme la limosna de tu protección? ¡Imbécil!

Rob. Guarde usted sus insultos para quien sea acreedor a ellos. No es esta la primera vez que diferimos en nuestos sentimientos de justicia.

Gueret Te prometo que será la última.

Rob. Así lo espero. Estoy aquí contra mi voluntad y por prestar un servicio a los débiles, a los que necesitan defensa.

Gueret Tus cómplices.

Rob. Ni cómplices, ni protegidos: desgraciados.

Gueret Concluyamos. ¿Eres su delegado?

Rob. Sí.

Gueret ¿Oficial?

Rob. ¿Va usted a pedirme la documentacióu?

Gueret (Con autoridad.) Voy a pedirte que digas de una vez a qué has venido.

Rob. En seguida lo sabrá usted. En este momento, más de cien familias están en la miseria. ¡Se mueren de hambre! Acabo de presenciar escenas horrorosas .. y es preciso, señor Gueret, que esto concluya.

Gueret Y tú, que eres el autor principal de esas desdichas, ¿quieres hacerme responsable de ellas? Pues, entiéndelo bien, no estoy dispuesto a tolerar que un chiquillo, orgulloso, impulsado por el odio y la pasión, venga a acusarme ni a dictar sentencia.

Rob. Yo no soy el autor de esta catástrofe.

Gueret Tu romántica exaltación... Tu necedad, que no tiene límite.

Rob. (Nervioso.) ¡Señor Gueret! ..

Gueret Hacía un año que estabas a mis órdenes, y en ese tiempo pudiste conocer la rectitud de mi conciencia. Contra mi voluntad he sido arrastrado a esta situación. Me presté a discutir razonadamente, pero no podía aceptar exigencias ni imposiciones. Estoy, sin embargo, dispuesto a olvidarlo todo, pero mis condiciones son éstas, fíjate bien: sumisión absoluta. Los seis jefes de equipo que más se han distinguido por sus ataques y sus

violencias, quedarán despedidos. Tú, seguramente, preferirás dirigir otras empresas, a cuyo frente se halle persona de menos tesón que yo. Los demás pueden entrar a trabajar cuando quieran. Esto es todo. Si la pretensión de tus representados se acomoda a estas conclusiones, nada debo añadir. Si difieren de ellas, llévales mi ultimatum, y envíame su respuesta antes de las seis de la mañana.

Rob. (Sacando un documento.) No me ha entendido usted, señor Gueret. No se trata de *sumisión*. Se trata de unas conclusiones que son indispensables y debe usted firmar.

Gueret (Furioso.) ¿Estás loco?

Rob. Además... quieren volver todos, o ninguno.

Gueret Sal de aquí.

Rob. Lo haré, pero no sin aconsejarle antes que firme.

Gueret ¡Nunca!... ¿Has oído? ¡Márchate!

Rob. (Mudando de tono.) Debe usted escucharme, señor Gueret. Usted es bueno, lo reconozco, si no quiere usted ceder por mí, ceda usted por los que sufren, y si esto no es bastante, acuérdese de su situación financiera...

Gueret (Fuera de sí al oir esto.) ¡Ah, canalla, canalla, esa es tu venganza! Conocías mi situación y has querido acorralarme. ¡Pues, no, no; sábelo bien, puedo luchar y lucharé!

Rob. Olvide su soberbia y tenga un rasgo generoso. ¡Por sí mismo!

Gueret Mañana empezará el traslado de mi nuevo taller...

Rob. Se equivoca usted, señor Gueret, es muy posible que mañana ese taller sea un montón de escombros...

Gueret (Dando un grito y asaltándole una idea.) ¿Qué?... ¿Qué has dicho?...

Rob. Por última vez: ¿quiere usted firmar?

Gueret ¡No!

Rob. Adiós... entonces.

Gueret (Cerrándole el paso.) ¡Concluye tu amenaza!

Rob. Si antes de media hora no está firmado este contrato, el edificio quedará destruido...

Gueret ¡Ah, miserable!... (Gueret, lívido, va a arrojarse sobre Robeato, y se domina, sonriendo irónicamente.) ¡Bah! ¡¡No te creo!!

Rob. Adiós, señor Gueret. (Da un paso para salir, pero Gueret, rápido, se coloca ante él y lo impide.) Ah,

no, no; espera, tú no sales así. Necesito más detalles. Habla... habla.

Rob. El complot se ha tramado esta mañana sin mi intervención y me lo han comunicado esta noche. He hecho todos los esfuerzos imaginables para disuadirles, pero... inútil. Considerándole un mal menor, me he ofrecido a intervenir. Reconozco cuanto ha hecho usted por mí, y creo agradecérselo evitando la catástrofe.

Gueret ¿De veras?

Rob. Por esto le ruego que firme.

Gueret (Lucha con encontradas ideas, pasea nervioso, lleva sus manos a la cabeza y se mesa los cabellos. De pronto se detiene ante Roberto y le mira con indignación.) ¡Qué infamia, qué infamia! (Transición.) ¿Tú puedes evitarla?...

Rob. Sin traicionarles, no.

Gueret (Después de reflexionar.) Yo hablaré con ellos...

Rob. No hay tiempo.

Gueret Y si firmo... ¿lo habrá?

Rob. Sí, porque comunicaré el resultado por teléfono. Si no aviso... (Mirando su reloj.) dentro de poco, será tarde. (Roberto le entrega el pliego, que él toma sin mirarlo.) Prevengo a usted que si el papel no vuelve a mis manos firmado, será muy fácil dar contraorden. (Gueret, furioso, arroja el papel a la cara de Roberto y va a echársele encima para ahogarle, pero se decide a zarandearle cogido de las solapas.)

Gueret ¡Ah, bandido!... ¿Me crees capaz de tal infamia? Dudé un momento, pero te juro que si la hazaña se lleva a término, no saldrás vivo de mi casa. Cuando estalle el incendio, tú morirás entre mis manos. Tienes pocos minutos para reflexionar o para hacer examen de conciencia, si eres cristiano. Escoge y tiembla. (Le ha soltado. Roberto queda pálido e impasible.)

Rob. (Sereno.) ¡No tiemblo!

Gueret Bravo, pero, respóndeme... ¿por qué has traído a mi casa el crimen, la deshonra y la ruina? (Furioso.) ¿Por qué... por qué? ¿Qué te he hecho yo? Noblemente te tendí los brazos...

Rob. (Con emoción.) ¡Señor Gueret!...

Gueret ¿Quién eras tú?... ¿De dónde venías? Me cautivó tu juventud y tu abandono... Me llevó

a ti una irresistible simpatía... adiviné en ti una inteligencia y una voluntad. Eras un chico estudioso e impaciente por llegar... Te abrí mis brazos; las puertas de mi casa; deposité en ti toda mi confianza; hice más, te consideré como un amigo... como un hijo. Nada me detuvo, ni siquiera el origen de tu nacimiento...

Rob. ¡¡Oh!!... Yo puse a su servicio toda mi inteligencia. . mi trabajo... El negocio iba mal y yo he contribuído a levantarlo.

Gueret ¡Mientes!

Rob. Iba usted a la quiebra...

Gueret ¡Mientes, mientes!

Rob. (Como delirando) Lo que va a desaparecer es obra mía, por esto no me importa que se hunda.

Gueret (Echándole mano al cuello.) No has de verlo, porque antes te habré ahogado entre mis manos como un cobarde.

Rob. (Sofocado.) ¡Suélteme usted!...

Gueret ¡No; confiesa, ladrón, infame, confiesa! ¡Quiero oirlo de tus propios labios!... No satisfecho con mi ruina... has pretendido mi deshonra. . .

Rob. ¡Miente usted, miente usted!

Gueret Pretendiste la mano de mi hija... después de ser amante de la madre...

Rob. ¡Oh, es usted un miserable!

Gueret Tú... tú... (Intenta arrojarlo al suelo y ahogarle. En este instante se ha abierto la puerta de la izquierda y entra Sara precipitadamente. Viste una bata.)

ESCENA VIII

DICHOS y SARA

Sara (Con espanto.) ¡Juan!... ¡Juan!... (En un grito agudo.) ¡Qué horror! (Los separa. Roberto queda lívido.) ¿Qué ha pasado?... ¿Por Dios, di, qué ha pasado?

Gueret Que este... canalla, me ha traído el ultimatum de sus cómplices, y si no cedo a sus exigencias, me amenaza con la destrucción de la fábrica y la ruina...

Sara Y... ¿él puede evitarlo?

Rob. (Enérgico.) ¡No; ahora jamás!

Gueret ¿Lo ves? ¿Lo ves? .. (A Sara.) ¡Le mato... sí... le mato! (Loco de furor, le coge de nuevo y le agarrota en el sofá. Sara corre desesperada a libertarle.)

Sara ¡No, por Dios! ¡Suéltale... es mi hijo!

Gueret (Soltando rápido.) ¿Qué?... ¡Tu hijo!

Sara Sí... perdón... (Cayendo arrodillada.)

Gueret (Anonadado.) ¿Tu hijo?

Sara Lo tenía... cuando me casé contigo: esta es la verdad. ¡Ahora... mátame... o haz de mí lo que quieras!

Gueret (Desesperado, cae en un sillón.) ¡Tu hijo!... ¡Qué espanto!...

Sara (Suplicando.) ¡Roberto!...

Rob. (Retrocediendo.) Señora...

Sara ¡No, tu desprecio, no... ten compasión de mí! ¡Yo soy la más desventurada de las criaturas! Siempre te he protegido en la sombra. ¡Si tú supieras!... ¡Salva a mi marido, sálvale!... (Suplica arrodillada ante su hijo. Roberto, vacilante, se ha acercado al teléfono, y al ir a comunicar, se oye una gran explosión, que inunda la escena con luz rojiza. Suelta rápido el receptor, y como un loco, se acerca al foro. Sara ha caído desvanecida, y Gueret se levanta trágico y da un grito de desesperación.)

Rob. ¡Ya es tarde! (La luz rojiza de un incendio continúa iluminando el foro. Después de un momento de silencio angustioso, Gueret, lleno de ira, se dirige a Roberto.)

Gueret ¡Esa es tu obra!... ¡Contémplala, insensato! ¡Ahora, la cárcel para ti; para ella!... (Va a arrojarse sobre el cuerpo inanimado de Sara, y cambiando de resolución, dice:) Recógela... es tuya... ¡te pertenece! (Sale tambaleándose, mientras Roberto se arrodilla ante su madre. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO TERCERO

EPÍLOGO

Interior de la fábrica donde se ha producido la explosión. La pared trasera del edificio yace, casi en su totalidad, entre escombros, viéndose por la terrible brecha todo el campo y su lejanía. Arboles, casas y al fondo el mar.

Máquinas, grandes ruedas de engranaje, caballetes de hierros cruzados, poleas con correa, etc. Todo lo característico en fin, en un gran taller de construcciones de esta clase, aparece a la vista del público en forma que dé la impresión de un incendio. En el suelo y hacia la parte del fondo, hay unos troncos encendidos simulando una pequeña hoguera. Son las cinco de la mañana. Durante el acto amanece.

ESCENA PRIMERA

GUERET, cubierto con un abrigo de pieles, entra precedido de BROSSE, que le acompaña, llevando un gran farol o linterna eléctrica

Brosse Ya ha visto usted, señor Gueret, que en esta parte es donde el daño ha sido más considerable. La catástrofe, aunque importantísima, no creo por fortuna que sea irremediable. Puedo asegurar que los obreros protestan casi todos de la acción criminal.

Gueret Sí, no me lo repitas. Tú, como todos los que pensais honradamente, los que sentís y amais el trabajo, os habeis sorprendido, os habeis indignado y estais dispuestos a reanudar vuestras tareas. Os lo agradezco con

el alma... pero, ¿dónde vais a trabajar? ¿En ese montón de escombros? (Señalando el foro.) ¡Es imposible!

Brosse No hay que desesperar. Gracias al celo del personal de bomberos, la maquinaria nueva se ha salvado casi toda; solo se ha destruído esta parte del edificio. El nuevo taller...

Gueret ¡El nuevo taller! ¡La mayor ilusión de mi vida!

Brosse Los tornos norteamericanos están intactos. El almacén y la sala de pruebas tampoco han sufrido en lo más mínimo. Confío en que si usted quisiera, esta tarde, señor Gueret, podría reanudarse, en parte, el trabajo. El personal, en el fondo, es bueno y lo hará gustoso.

Gueret (Abatido.) De eso hablarás con mi sucesor.

Brosse ¿Sucesor?... ¡Señor Gueret!...

Gueret ¡No puedo más! Renuncio a seguir luchando. Viviré de lo que me quede y como pueda. Déjame ahora; has sufrido mucho, lo sé, no eres culpable, ¡pero qué quieres!, han vencido los malos; no es culpa mía tampoco. Vé con Dios...

Brosse ¡Considere usted mi situación, la de todos!

Gueret ¡Haceos vosotros cargo de la mía!

Brosse Hemos agotado los recursos...

Gueret ¿Tú también? No es posible, con lo que ganabas...

Brosse Todos mis ahorros, señor Gueret, han servido... ¡para socorrer a mis compañeros!... ¡Era tal su miseria!... Esto no es cuenta de usted... ya lo sé... ¡En fin, tendremos paciencia!... ¡Adiós, señor Gueret! (Con pena se dirige lentamente al foro.)

Gueret Aguarda. Al inaugurar los nuevos taxis iba a darte una gratificación. (Saca unos billetes de la cartera.) Toma... para ti... y para que socorras a los que padezcan hambre. (A Brosse que no se atreve.)

Brosse (Tomándolos lloroso.) ¡Señor Gueret!...

Gueret Toma... (Brosse va a besarle la mano muy emocionado y él lo impide.) ¡Un abrazo! (Gueret abraza a Brosse con emoción y vase este dándole vueltas a la gorra y reprimiendo su llanto. Gueret le sigue con la vista.)

ESCENA II

JUAN GUERET, LIMEUIL y un CRIADO

Criado El señor Limeuil.

(Entra Limeuil y abraza a Gueret silenciosamente.)

Gueret Que pase. (Tras una breve pausa.) ¿Cómo has venido a esta hora?

Lim. Sara ha acudido a mí como el amigo en quien podía confiarse.

Gueret ¿Ha ido a verte con Roberto?

Lim. Sí.

Gueret Entonces... ¿lo sabes todo?

Lim. ¡Todo!

Gueret Y tú... ¡tú, mi gran amigo de siempre, has sido durante tantos años el cómplice de mi mujer!

Lim. ¿Qué entiendes por cómplice?

Gueret Solo existe una definición de la palabra. Nada ignorabas de esa maternidad clandestina.

Lim. Nada...

Gueret ¡Qué vergüenza!

Lim. En recuerdo a los padres de Sara: por amistad sincera, por el cariño que siempre la he profesado desde niña, por compasión mas tarde de la pobre criatura sin nombre, no pude ni quise negarme a ser el protector que la amparase. No he sido ni héroe ni traidor; he sido un amigo leal.

Gueret Y yo la víctima de un abuso de confianza imperdonable.

Lim. Tampoco Sara ha sido como tú crees: una hipócrita ni una infame; ha sido otra víctima. Ese abuso de confianza fué un exceso de amor. Sara te ha querido siempre con locura; a ti sacrificó toda su vida. Desde el día en que fué tu mujer solo abandono, ternura y abnegación le debes. Su secreto era... suyo. Creyó un deber guardarlo... ¿Podía yo destruir su felicidad y la tuya? Convéncete: me era imposible obrar de otra manera.

Gueret Es admirable oirte hablar así.

Lim. Quiero que sepas...

Gueret Inútil. ¡Tú eres el responsable de la mayor catástrofe de mi vida!

Lim. Involuntariamente. Un instante de debilidad me hizo llevar a Roberto a tu casa. Yo he visto siempre la vida en artista, jamás en psicólogo. Me equivoqué, pero tampoco pude prever que a los dos os acechase la emboscada. Soy culpable, lo confieso. Perdóname.

Gueret Basta ahora. Necesito de ti. En este caso me eres indispensable.

Lim. Me tienes a tus órdenes. Comprendo que los actuales momentos son de una crisis grave... y...

Gueret (Adivinando e interrumpiendo.) No, no se trata de eso. Es preciso que aceptes el ser mi albacea testamentario.

Lim. ¿Cómo?... ¿Qué dices? (Alarmado.)

Gueret Tranquilízate. (Sonriendo tristemente.) No voy a quitarme la vida. Esa solución me repugna. Hago testamento porque aquí ha terminado mi misión.

Lim. ¿A dónde piensas marcharte?

Gueret Lejos.

Lim. ¿Y qué es lo que solicitas de mí?

Gueret Hoy mismo quedará hecho el inventario de mi casa. La liquidación dejará un activo reducido. Este, unido a la pequeña dote que aportó mi mujer, le asegurará una vida tranquila y decorosa. (Entregándole un sobre.) Aquí lo hallarás todo claramente detallado, con un cheque por valor de cincuenta y dos mil francos sobre un Banco de París. Es una cuenta personal a nombre de un tercero que nada tiene que ver con la casa comercial ni mi fortuna particular. A su debido tiempo se lo entregarás a Ana María. Es cuanto quería decirte. De antemano te lo agradezco. No sé si volveremos a vernos.

Lim. (Que ha quedado muy sorprendido.) Pero... ¿estás decidido?

Gueret En absoluto.

Lim. ¿Lo has pensado serenamente?

Gueret Sí.

Lim. ¿Y tú crees que estás en tu derecho?

Gueret Tú opinas de otro modo, ¿verdad?

Lim. ¿Yo...? Creo que cometes una mala acción.

Gueret (Irónico.) ¿Sí, eh?

Lim. Una cobardía: huir del peligro.

Gueret No huyo del peligro, huyo de la deshonra.

Lim. ¡Comprendo cuánto has sufrido!

Gueret ¡Más de lo que tú puedas imaginarte! He caído desde una gran altura; al levantarme, siento el cuerpo maltrecho y dolorido Huir, huir lejos... No es culpa mía. La culpa es de aquellos que me precipitaron al abismo.

Lim. Algún día, tu conciencia te dirá que no tienes derecho a cometer semejante crimen.

Gueret ¿Crimen? ¡No!

Lim. Sí, porque una pobre criatura que te adora con toda su alma, quedará aquí sola, abandonada, sufriendo el castigo de una desgracia que ha llorado en silencio veinte años... y no podrá sobrevir a tu abandono. Lucha de nuevo, sigue tu camino en la vida, pero no huyas como un malhechor. Atrévete a decir cara a cara a tu compañera de tantos años: «¡Adiós, me marcho lejos, para siempre!» Si te atreves puedes decírselo, que está muy cerca.

Gueret ¿Sara...?

Lim. La he traído en mi coche.

(Una pausa. Gueret duda y Limeuil espera una respuesta.)

Gueret Dila que venga. Quiero hablarla.

Lim. ¿Aquí?

Gueret Sí...

Lim. ¿Por qué no en tu despacho?

Gueret No, aquí. ¿Qué otro lugar más apropósito?

Lim. Como tú quieras. (Vase Limeuil rápidamente por la derecha. Gueret pasea agitado, contempla las ruinas que ha dejado el incendio y se encuentra con Roberto.)

ESCENA III

JUAN GUERET y ROBERTO

Gueret ¡Ah!... ¿tú?

Rob. He aguardado a que se quedase usted solo...

Gueret Limeuil volverá en seguida. ¿Qué quieres?

Rob. Vengo a constituirme su prisionero y a rogar a usted que eche sobre mí toda la responsabilidad de lo ocurrido. Deseo evitar la condena de hombres que me inspiran compasión.

(Una pausa.)

Gueret ¡Idealista como siempre! ¿No has venido a otra cosa?

Rob. A expresarle mi sentimiento por el daño causado y... (Un sollozo le oprime la garganta.) Nada más.

Gueret Está bien. Oyeme ahora. Desde hoy tu madre quedará sola en el mundo. Yo... me expatrío, me marcho muy lejos... para no volver. Tú seguirás aquí; te condeno a trabajar y a protegerla: es tu deber. Ahora te parecerá ligera esta carga, pero ya sentirás su peso abrumador cuando las vicisitudes, las maldades de los hombres y tus propios sacrificios pesen sobre tus hombros.

Rob. (Con emoción.) ¡Señor Gueret!...

Gueret Tus pocos años, el desconocimiento de la sociedad y de la familia, el prejuicio de tu nombre, han hecho de ti un escéptico. No ha sido culpa tuya. Vé y aguarda mis órdenes. (Señala la izquierda.) Aunque tu orgullo no lo tolere, te lo mando. (Aparece en la derecha Sara, pálida y desencajada. Roberto, vacilante, la observa, mira a Gueret, va a hablar, pero ante el gesto imperativo de Gueret, se aleja.) ¡Vé!... (Roberto baja la cabeza y éntrase por la izquierda. Gueret cierra la puerta. Una pausa.)

ESCENA IV

SARA y GUERET

Gueret (Mostrando las ruinas.) Perdóname si te he llamado. Lo que voy a decirte es breve, pero precisa que lo oigas. Hace un rato... me hubiera sido imposible hablar con calma; ahora sí. No abrigo odios contra nadie... tampoco pienso en la venganza. Esta noche de sufrimiento que ha encanecido mi cabeza, ha templado mis nervios, mejor dicho, los ha vencido. Ya no hallarás en mí la sombra de un resentimiento, al contrario, existe dentro de mi alma una gran resignación, una infinita piedad para todos.

Sara (Llorosa.) Sé lo que vas a decirme. Por esto no te escucho, te miro solamente, convencida de que es por última vez. ¡Todo ha concluído!

Gueret ¡Todo! Pero necesito que te convenzas de que no busco la venganza, ni el cumplimien-

to de la justicia. No creo ni en una ni en otra. Me has conocido fuerte, luchando bravamente en la vida contra la adversidad... ¡contra todo!... Porque te quería, porque a ello me alentaba tu amor y el amor de nuestra hija. Eras para mí una mujer santa, más que santa, ¡sagrada! ¡Ahora... comprende mi decepción... mi desencanto! En un momento, el ídolo se convierte en un ser vulgar, cae de su pedestal y, con la caída, vienen al suelo un mundo de ilusiones, de esperanzas y de optimismos. No queda otro recurso que abandonarlo todo, porque todo ha concluído!

Sara (Compasiva.) He destruído tu vida, lo sé... lo sé... ¡Juan de mi alma!

Gueret Te lo repito, soy un hombre que ya no cree en nada.

Sara ¡Juan... Juan... te lo suplico, ten piedad de mis lágrimas!... ¡Te amo, como te amé siempre!... ¡Más que nunca!

Gueret (Vencido.) ¡Déjame!... ¡No prolongues estos dolorosos instantes!

Sara ¡Por última vez... Juan de mi vida!

Gueret ¡Mi resolución es irrevocable!

Sara (Llorosa.) Lo veo... Es inútil insistir. ¡Adiós!

Ana (Fuera.) ¡Papá, papá!... (Quedan ambos impresionados.) Papá, ¿dónde estás?... (Entra Ana María y se queda sorprendida al ver a los dos.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ANA MARÍA, después, SARA y JUAN GUERET, solos, y al final, ROBERTO

Ana (Echándose en brazos de su padre.) ¡Papá!... ¡Por fin te encuentro!... (Mirando las ruinas.) ¡Qué infamia!... ¡Qué crueldad la de esos malvados! ¿Por qué os habéis marchado sin despertarme? ¡Responde tú, mamá! ¿No sabéis que yo he compartido siempre vuestras penas y vuestras alegrías? ¡Dios mío... qué horror! He venido por casualidad. Al llegar los Durand, se han enterado en la misma estación de la catástrofe, y locos han corrido a casa. ¡Son muy buenos! ¡Si supieras lo bondadosos que son! En circunstancias así, se

conoce a la gente. Me han traído hasta aquí, en el coche, y Jorge se ha ofrecido para todo. Dice que, en cualquier dificultad que pudieras encontrarte, cuentes con él y con su padre. ¿Qué os parece? ¡Qué bondad la suya! Estuve injusta al juzgarle... Pero no te desalientes, papá... ¡tú sabrás luchar y vencer nuevamente! (Le abraza de nuevo. Gueret, dulcemente, la besa.)

Gueret ¡Hija mía!... ¿Me quieres, verdad, con toda tu alma?

Ana ¡Sí, papá, qué pregunta! Pero... ¿qué tenéis? ¿Tan grave es lo ocurrido, que no tiene reparación?

Gueret Aléjate un momento, Ana María. Es preciso que yo diga dos palabras a tu madre. (Ana María se dirige hacia la derecha. Pausa breve.) En el amor de nuestra hija, he descubierto la posibilidad de una prueba suprema. Respóndeme sin titubear. Roberto espera el arresto; escoge entre él o yo. Si me marcho, le salvo de las manos de la justicia. Quedará aquí, para ser tu consuelo y asegurarte el porvenir. Si me quedo, expiará su crimen... ¿Qué respondes? Escoge.

Sara (Resuelta.) ¡Le llevé en mis entrañas; debo ser responsable de su destino! ¡Déjame y sé feliz!

Gueret Has contestado como debías. Cumplamos todos nuestro deber. La razón y la voluntad triunfan ahora, esperemos que algún día... ¡pueda triunfar mi corazón! (Llamando.) ¡Ana María!...

Ana (Entrando y acercándose.) ¡Papá!

Gueret ¡Ya no eres una niña y debes conocer todo lo amargo que encierra la vida! Antes de casarme tenía yo un hijo, cuya existencia a nadie he revelado. A ese hijo le abandoné; hoy, arrepentido de mi conducta pasada, quisiera tener junto a mí al pobre huérfano. (Pausa.) ¿Qué piensas de tu padre?

Ana Pienso, papá, que cometiste un grave error y que debes repararlo. El hombre puede tener un pasado; la mujer no.

(Gueret abraza y besa a su hija. Sara no puede ocultar su turbación.)

Gueret (Señalando la izquierda.) Roberto está allí; ¿quieres llamar a tu hermano?

(Ana María se dirige a la izquierda y entra. Sara se dirige a Gueret, trémula y sollozando.)

Sara ¿Cómo pagar tu generosidad?

Gueret De ningún modo... En ciertos momentos, la vida no tolera actitudes indefinidas. Además, nos recuerda siempre que la familia y el hogar pueden más que todo... porque están por encima de todo... ¡Cedo a veinte años de cariño! ¡Los hijos... hacen imposibles muchas resoluciones!... (Sara intenta arrodillarse; Gueret se lo impide, indicándole que llegan. Entran Roberto y Ana María.) ¡Vienen!... Ana María, acompaña a tu madre.

(Ana María acompaña a Sara y las dos se dirigen a la puerta derecha, mientras el sol ilumina las ruinas del taller. Cuando han desaparecido, Roberto, emocionado, intenta arrodillarse, pero Gueret lo impide.)

Rob. ¡Perdón, perdón!

Gueret (Con energía.) ¡A rehabilitarte! Contempla estas ruinas. ¡A trabajar!... ¡A cumplir tu deber!... (Transición.) A las diez, ven a recibir mis órdenes... (Sale por la derecha. Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Alejandro P. Maristany

El Príncipe Sergio, drama en cinco actos, traducido del francés.

La confusión, comedia en cuatro actos, traducida del alemán.

Romper el hielo, comedia en un acto.

Barrer para adentro, comedia en un acto. (Segunda edición.)

La juventud, comedia en tres actos, traducida del francés

La muñeca eléctrica, juguete cómico en tres actos.

Los de Belmonte, alta comedia en cuatro actos.

Tratado de paz, boceto de comedia en un acto.

Sólo para hombres, monólogo en prosa y verso.

Los hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (1)

Las máscaras, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (2)

Las murallas de Jericó, alta comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (Tercera edición.)

La muñeca eléctrica, juguete cómico en dos actos (refundido).

El magistrado, farsa cómica en tres actos y cuatro cuadros, arreglada del inglés.

Los manirrotos, juguete en un acto.

La hija, comedia en cuatro actos, traducida del francés. (3)

El triunfo de los filisteos, comedia satírica en tres actos, traducida del inglés. (1)

Los embusteros, comedia en cuatro actos, traducida del inglés.

El ángel rebelde, comedia en tres actos.

La mujer del arquitecto, comedia en tres actos, arreglada del francés. (3)

Los regalos, entremés en un acto.

La conquista del amigo, diálogo en prosa.

El rey del acero, drama en cuatro actos, arreglado libremente del inglés.

Las dos escuelas, comedia en tres actos, arreglada del francés y refundida. (3)

La audaz aventura, comedia en tres actos.

El desconocido, juguete cómico en un acto. (3)

La comedia del honor, drama íntimo en tres actos. (4)

Por qué triunfa el corazón, comedia dramática en tres actos.

El amor de la familia, juguete cómico en tres actos. (3)

La emboscada, comedia dramática en cuatro actos, arreglada libremente del francés.

La lluvia de oro, comedia satírica en tres actos.

Después de la tragedia, drama en tres actos, arreglo de una obra de Brieux.

La viuda alegre, comedia satírica en tres actos.

La cinta jaspeada, melodrama en cuatro actos, escrito sobre una aventura de Sherlock-Holmes.

La casa cercada, escenas de guerra y amor, divididas en tres actos y cuatro cuadros, arregladas del francés.

---

(1) En colaboración con D. Salvador Vilaregut.

(2) Idem con D. J. Fabré y Oliver.

(3) Idem con D. Eduardo Giraudier.

(4) Idem con D. Mariano Golobardas.

Precio: 2,50 pesetas